

MEMORIAS DE UN MICROBIO

LAW SPACE

«Dos años antes, los telescopios electrónicos habían captado la primera manifestación de decadencia de nuestro doble astro solar. Como seguramente en todos los sistemas planetarios del amplio Universo, nosotros nos habíamos preocupado desde hacía muchísimo tiempo en estudiar la posibilidad, que nos parecía remota, de que nuestro doble sol se apagase.

Una tremenda ola de locura recorrió, como un escalofrío imponente, los mundos de nuestro sistema planetario. Hubo excesos de todas clases. Suicidios en masa, profundo misticismo, exageraciones en todos los ámbitos y en todas las costumbres. Luego, más tarde, después de aquella tormenta emotiva que sacudió a los habitantes de nuestro planeta, una especie de apatía incontrolable, una depresión profunda y estremecedora se apoderó de todos ellos y ahora, basta salir a la calle de cualquier ciudad, en cualquiera de los mundos, para comprender que nuestra inmensa Humanidad, más de cinco mil billones de almas, acepta el final con ese estremecimiento trémulo, con esa ausencia emocional que debe surgir en los condenados a muerte.

Una muerte que no tardará en llegar».



Law Space

Memorias de un microbio

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 339

ePub r1.0

xico_weno 26.08.16

Título original: *Memorias de un microbio*
Law Space, 1964

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2



Recibí este manuscrito de manos de un amigo mío, abogado en la ciudad de Nueva York, llamado Harold Spencer. Me dijo, al entregármelo, que se lo había dado un condenado a muerte, en la prisión de Sing-Sing.

Dicho condenado se había fugado de manera espectacular en el momento justo en que iba a ser ejecutado.

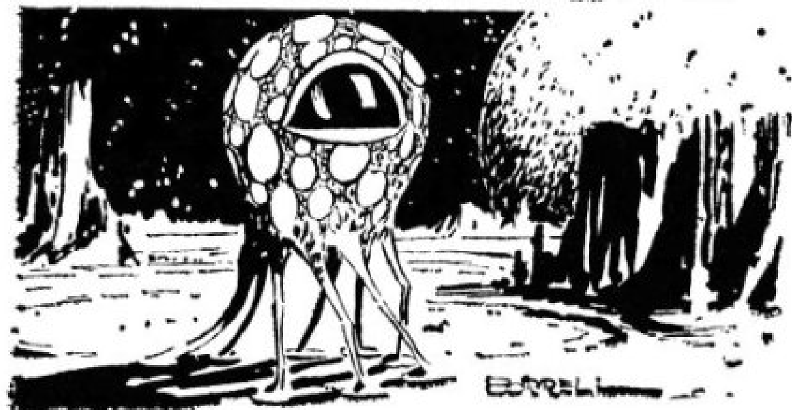
Quiero señalar, por lo tanto, que no me hago responsable del contenido de este relato. Si algo se le imputase, me lavo las manos.

De producirse alguna reclamación, aconsejo al demandante que se olvide del asunto… o que espere el momento para subir a la primera nave que se dirija a Marte.

Quizás allí, si Uhsú no ha mentido, cosa que bien podría suceder, el precitado demandante podría hallar satifacción plena a sus exigencias.

LAW SPACE

MEMORIAS de un MICROBIO



CAPÍTULO PRIMERO



L computador electrónico era como una inmensa bestia agazapada, ocupando la casi totalidad de la gran estancia. Sobre la superficie negra, las luces se encendían y se apagaban, siguiendo los impulsos electrónicos del sistema binario. Pero ni a Rhama ni a mí nos podía interesar ya lo que la monstruosa máquina estaba comunicándonos sin cesar.

Rhama, mi delicada esposa, estaba a mi lado, con la cabeza inclinada sobre el pecho. Era alta, rubia, de ojos azules. Había nacido en el Tercer Planeta del Quinto Círculo, uno de los más lejanos a nuestro doble sol.

Me causaba placer, en aquellos instantes, poder recordar las circunstancias extraordinarias que habían permitido conocer a la mujer que, poco después, se convertía en mi esposa.

Un viaje experimental a los planetas del Quinto Círculo, tres años antes, me había permitido entrar en contacto con aquella joven deliciosa, profundamente inteligente, rebosando bondad que

parecía aflorar en todo momento, en lo hondo de sus ojos que tenían el color del cielo claro, de aquel cielo que, con toda seguridad, no volveríamos a ver jamás.

Lo que en verdad me dolía era el comprobar la tristeza de su expresión, aquella especie de cansancio y desgana que se había apoderado de nosotros y que podía verse, no sólo en el hermoso rostro de Rhama, sino en el de todas las mujeres y todos los hombres de los treinta y cinco planetas que gravitaban en sus lentas órbitas alrededor del doble sol.

Y allí se planteaba nuestro problema.

Dos años antes, los telescopios electrónicos habían captado la primera manifestación de decadencia de nuestro doble astro solar. Como seguramente en todos los sistemas planetarios del amplio Universo, nosotros nos habíamos preocupado desde hacía muchísimo tiempo en estudiar la posibilidad, que nos parecía remota, de que nuestro doble sol se apagase.

Una estrella, después de todo, no es más que un genio infernal que produce explosiones atómicas y de hidrógeno con una constancia escalofriante. La energía de todas clases que mana de las estrellas es, por lo tanto, función de la fuerza de sus reacciones en cadena. Y una de las más elementales leyes de la Física nos dice que una fuente de energía no puede ser, en modo alguno, eterna.

Pero ¿quién podía pensar, por aquel entonces, que la pequeña mancha que captaron los telescopios electrónicos y los radio-telescopios era, en realidad, una profunda y mortal herida que acabaría, en pocos meses, con la terrible potencia de nuestro doble sol?

Nadie.

Aquella mancha, minúscula al principio, empezó a crecer de manera desconcertante. Los aparatos que medían la cantidad de energía que llegaba a todos los planetas de los seis círculos empezaron a registrar, de manera inquietante, la disminución de la luz, del calor, de todo aquello que era necesario para que el ciclo normal de la vida se desarrollara en los mundos que rodeaban a nuestro doble sol. No tardamos mucho, nosotros, los hombres de ciencia, en darnos clara cuenta del peligro espantoso que se cernía sobre nuestro pequeño Universo. El complejo sistema planetario del que formábamos parte estaba abocado, de manera fatal, a un final

próximo. Y a pesar de que procuramos que las noticias no saliesen de los centros de experimentación, de los laboratorios y de las cátedras, la prensa, la radio, la televisión y los demás medios de los que gozamos para comunicarnos los unos y los otros, no tardaron mucho tiempo en informar al público del espantoso peligro que se cernía sobre él.

Una tremenda ola de locura recorrió, como un escalofrío imponente, los mundos de nuestro sistema planetario. Hubo excesos de todas clases. Suicidios en masa, profundo misticismo, exageraciones en todos los ámbitos y en todas las costumbres. Luego, más tarde, después de aquella tormenta emotiva que sacudió a los habitantes de nuestro planeta, una especie de apatía incontrolable, una depresión profunda y estremecedora se apoderó de todos ellos y ahora, basta salir a la calle de cualquier ciudad, en cualquiera de los mundos, para comprender que nuestra inmensa Humanidad, más de cinco mil billones de almas, acepta el final con ese estremecimiento trémulo, con esa ausencia emocional que debe surgir en los condenados a muerte.

Una muerte que no tardará en llegar.

Muchas de nuestras fuentes de alimentación, tanto vegetales como animales, han ido desapareciendo a gran velocidad. Sobre todo, las plantas. Más sensibles que nosotros a la acción de los rayos solares, de los que extraen su vida, las extensiones vegetales de los planetas, sobre todo de los círculos más exteriores y, por ende, más alejados del doble sol, han terminado por morir y los hermosos campos de labor, las tierras cubiertas de árboles frutales, incluso los tanques donde se cultivaba, siguiendo los procedimientos hidropónicos han terminado por desaparecer casi por completo de la superficie de nuestro mundo.

Es cierto que todos los Gobiernos, de la totalidad de los planetas, se han esforzado, de manera loable, en paliar, en lo posible, la escasez de alimentos. De los laboratorios de Química Biológica, de Síntesis, en las secciones de Alimentación y de Dietética, han surgido al mercado infinidad de productos que sustituyen en valor energético a los naturales. Se ha hecho todo lo que se ha podido. No puede decirse que nadie, en esta enorme población humana, haya padecido todavía lo que se llama hambre. Pero quien dijo que el hombre no sólo vive de pan, dijo una gran verdad. Y si los

estómagos siguen llenándose, en su ritmo ordinario, los cerebros están deslizándose por la peligrosa pendiente de la depresión, ya que nada sobrecoge con mayor intensidad el alma humana que la idea de una muerte impuesta, antinatural y caótica, que no rima en absoluto con la idea serena y apacible de la muerte natural.

Morir…

Es irónico y triste al mismo tiempo pensar que nosotros, nuestra civilización, que había conseguido medios para prolongar la vida de manera asombrosa, habiendo logrado también borrar de golpe la totalidad de las enfermedades que en otros tiempos causaban la muerte a millones y millones de seres, se vea abocada ahora a un final estúpido y absurdo, al mismo tiempo.

Porque, por el momento, no poseemos ninguna medicina, ninguna clase de fármaco capaz de impedir que nuestro doble sol, orgullo de todos los habitantes de los planetas que giran a su alrededor, vuelva a encontrar la fuerza de su juventud, y basta asomarse a cualquier ventana para ver, allí, en el fondo del cielo, palideciendo poco a poco, cada vez más opaco, sin fuerza casi, permitiendo que se le mire de frente, sin como antes obligarnos a cerrar los ojos para no ser cegados por su potente luz.

Todos sabemos, sobre todo los hombres de ciencia, que hay laboratorios en casi todos los planetas que están preparando, a toda prisa, cientos de planes distintos para salir de este terrible atolladero. Pero esa desgana de que hablaba antes, la depresión que nos ha hundido en un estado de apatía casi completo, ha terminado por hacernos olvidar toda esperanza y nos mostramos sumisos, apagados, reducidos a una espera que, en el fondo, deseamos que sea lo más corta posible.

Es como si alguien hubiera arrancado, de manera brutal, la energía vital que había en nuestros pechos, la que hacía latir al mismo ritmo nuestros corazones, la que ponía una luz de esperanza en todos nuestros actos. Estamos aturdidos, embarullados, hechos un verdadero lío. Y en el fondo, lo parezca o no, somos como esos animales acorralados que se percatan de que no pueden encontrar salida alguna en un camino que ha de conducirles, de manera fatal, hacia la muerte.

También es cierto que hemos perdido el miedo a nuestro fatal final. Todas las corrientes histeroides que estallaron en las gentes al

conocer el destino que les esperaba han cedido por completo y ahora repito aceptamos con las cabezas bajas la caída de ese telón que acabará, para siempre, con una civilización de la que, de manera más o menos legítima, nos sentíamos orgullosos.

Eso es, exactamente, lo que está ocurriendo en nuestro sistema planetario.

* * *

Cuando Rhama y yo penetramos en el laboratorio del profesor Ehnar, éste estaba observando, a través de un sistema óptico complicado, un rayo de luz. Al oír nuestros pasos, se levantó y volvió hacia nosotros su rostro bondadoso, enmarcado por una cabellera abundante de color blanco. Tenía las cejas del mismo color y los ojos verdosos, una nariz aguileña y una boca de labios finos perfectamente dibujados.

Abandonando el asiento giratorio, se acercó a nosotros y estrechó con calor nuestras manos.

—Bienvenidos —nos saludó—. En realidad, os esperaba un poco más tarde.

—Cuando recibimos su llamada —repuse—, Rhama y yo nos sentimos impacientes. Cualquier cosa, profesor Ehnar, puede emocionarnos en estos momentos de general tristeza.

Sonrió.

—Vamos a sentarnos —invitó— antes de que os enseñe una cosa. Todavía os recuerdo —agregó, mientras ocupábamos los cómodos sillones, en uno de los extremos del laboratorio, junto a un enorme ventanal desde el que podíamos ver la ciudad, extendida a nuestros pies y al fondo el cielo, en aquel atardecer implacable en el que vivíamos desde hacía varias semanas; un atardecer que iba oscureciéndose por momentos.

—También le recordamos nosotros —repuso Rhama sentada a mi lado.

—Eran tiempos excelentes —siguió hablando el sabio con los ojos semientornados como si se complaciera en volver hacia el pasado—. Pero vosotros fuisteis dos de mis mejores alumnos. Tú, Uhsú, en la Universidad: de la ciudad y tú, Rhama, en las clases que daba, una vez por semana, en tu planeta de origen.

Sacudió la cabeza como si quisiera deshacerse de aquellos

recuerdos y luego, sin abandonar su sonrisa, me miró, clavando en mis ojos la luz inquieta que lucía en los suyos.

—Creo haber encontrado la fórmula, Uhsú —anunció.

Sentí como un extraño estremecimiento que me recorría la espalda. Conocía lo suficiente al profesor Ehnar para saber que nunca hablaba en broma. Era un hombre precavido, un científico de pies a cabeza. Y cuando afirmaba algo, era que poseía la absoluta seguridad de no equivocarse. Por eso me produjo tan honda impresión la frase que acababa de pronunciar.

—Sería maravilloso —me atreví a replicar.

—Va a serlo, pero al mismo tiempo difícil —repuso él—. Ninguno de los medios que los otros Comités de Investigación están estudiando van a servirnos de algo. Por desgracia, nuestro sistema planetario está alejado de todo lo demás por una distancia que puede calcularse, muy por encima, en cientos de
años-luz.
Eso nos coloca, por fuerza, en una especie de rincón apartado que nos ha impedido, a pesar del desarrollo de nuestra civilización, entrar en contacto con otros mundos. Nuestras naves —prosiguió, después de una corta pausa— no han podido más que unir la totalidad de los planetas, en los seis círculos que forman alrededor de nuestro sol moribundo. Pero más allá, el Espacio sigue siendo un misterio para nosotros y poco sabemos en realidad de él.

Se pasó la lengua por los labios.

—Sin embargo —prosiguió diciendo, es precisamente hacia ese lejano Espacio hacia el que se vuelven ahora nuestras desesperadas miradas. Somos responsables, en cierto modo, de una civilización, de una sabiduría y de muchísimas vidas. Condenar a los habitantes de todos nuestros planetas a una muerte en plena oscuridad cósmica me parece el mayor de los crímenes. Por eso, desde que tuvimos noticias de la muerte de nuestro doble sol, me he dedicado a estudiar lo que me pareció, desde un principio, el único procedimiento para poder escapar a esta trampa mortal que nos ha tendido el destino.

—¿Y cuál es ese método? —preguntó Rhama, impelida sin duda por una curiosidad que no podía resistir más.

El bondadoso rostro del profesor se volvió hacia ella.

—Si mis preocupaciones se han centrado —explicó— en la

posibilidad de salvar a nuestra pobre Humanidad, puedes estar completamente segura, amiga mía, de que habéis sido vosotras, las mujeres, las que más me han obligado a trabajar día y noche sin descanso.

»Nosotros —agregó con una sonrisa—, los hombres, estamos acostumbrados a tropezar con dificultades que aumentan más y más. Pero cada vez que pensaba en vosotras, en vuestra misión en la vida, en todo lo que habéis hecho en silencio por el progreso de nuestros esfuerzos, me sentía empujado, espoleado de tal manera que he de confesar que, en el fondo, han sido las imágenes de nuestros mundos las que me han iluminado en la marcha progresiva de mis investigaciones.

Rhama sonrió.

—¿Y lo ha conseguido usted, profesor?

—Creo que sí. Desde el principio, pensé que no había más que una forma de abandonar este rincón del Universo que está muriendo a pasos agigantados. No pudiendo contar con nuestras naves espaciales, tenía que encontrar un procedimiento que permitiese en lo posible que la mayor parte de nuestra Humanidad, o mejor de la totalidad, pudiera escapar a este final que todos nosotros consideramos como estúpido e improcedente. Quizás hayamos tenido un poco de culpa, ya que no hemos sabido prevenir y estudiar lo que sucedió en el fondo de nuestro doble sol. Pero ya es demasiado tarde ahora para arrancarnos las vestiduras y arañarnos los rostros. La acción se impone y nuestro deber es encontrar el procedimiento, sea cual fuere, para salvar todo lo que nos ha costado cientos de miles de años conseguir.

Se puso en pie volviendo su rostro hacia mí.

—Venid conmigo. Voy a mostraros el camino de la solución.

Capítulo II



L aparato al que nos acercamos, siguiendo los pasos del profesor Ehnar, tenía la forma de una cañería de más de un metro de diámetro y unos doce de longitud. Adosado a una de sus paredes, se veía algo semejante a una inmensa cámara fotográfica dotada al final de cuatro lentes de visión directa y en la parte inferior de un complejo sistema de mandos y de cuadrantes, cuyas agujas se pusieron a oscilar en cuanto el hombre de ciencia apretó uno de los botones del complicadísimo tablero.

Sin mirarnos, acariciando con una mano trémula los botones que impulsaban la energía encerrada en aquella especie de gigantesca cañería, Ehnar explicó:

—Todos sabemos que no existe vehículo más rápido que la luz. Moviéndose casi a trescientos mil kilómetros por segundo, recorre el Espacio cósmico en todas sus dimensiones, reflejándose en su final curvo, como en un espejo, para volver hacia el interior y seguir caminando entre la negrura espacial.

»Las leyes de la Física nos enseñan que esta velocidad maravillosa es, al mismo tiempo, un cepo que está íntimamente ligado a las otras tres dimensiones de la materia. Eso quiere decir, mis queridos amigos, que a medida que cualquier objeto material se acerca a la velocidad de la luz, disminuye su masa y va acercándose, progresivamente, a un vago concepto de energía, ligado sin embargo a la materia, llamado “quanta”.

»Estudiando la posibilidad de que algo se mueva junto a la luz, empujado por ella, como en un vehículo espacial velocísimo, he llegado a la conclusión de que dentro de ciertos límites las criaturas vivas pueden también viajar, sino a trescientos mil kilómetros por segundo, a velocidades que se acerquen a esa cifra tope que nosotros, los físicos, llamamos «C».

»Mis primeros trabajos fueron los más difíciles y en ellos tropecé con obstáculos que me parecieron al principio infranqueables. Pero luego, poco a poco, llegué a la conclusión de que si podía utilizar los fotones de la luz como propulsores en el Espacio, tendría que limitarme a obtener velocidades de unos doscientos cincuenta kilómetros por segundo, como último límite y garantía de que la vida moviéndose de esa manera no corría peligro alguno.

Mientras el profesor hablaba, mi nerviosismo no hacía más que aumentar. Preveía ya a dónde quería ir el hombre de ciencia y me estremecía de placer por anticipado al pensar que hubiera conseguido obtener lo que nos estaba comunicando. A mi lado, Rhama se había puesto intensamente pálida y no separaba los ojos de las manos del profesor que seguían jugueteando con los botones y manivelas de su inmenso cuadro de mandos.

Después de una larga pausa, Ehnar continuó:

—Utilizando microorganismos, después de algunos tropiezos iniciales, he conseguido que se moviesen, en perfectas condiciones vitales, a esa velocidad que antes he citado; es decir, a doscientos cincuenta mil kilómetros por segundo. ¿Qué os parece?

—¡Maravilloso! —No pude por menos de exclamar.

Se volvió entonces hacia mí sonriente.

—Pero, como comprenderás, mi querido Uhsú, la mayor dificultad que he encontrado en mis trabajos ha sido aquélla en que me encontraba con el problema de convertir a criaturas humanas, de nuestra complejidad, en seres de tamaño lo suficiente pequeños

para poder viajar dentro de la luz.

—¿Y lo ha logrado? —terció de nuevo mi esposa.

—Sí —repuso el profesor volviéndose hacia ella—. Este aparato que tenéis delante es un acelerador progresivo. Utilizando peces, mamíferos, al principio pequeños y luego más y más grandes, he conseguido, haciendo pasar un chorro de luz en determinadas condiciones, reducir el tamaño de las criaturas en experimentación, convirtiéndolas en microorganimos capaces de viajar entre los fotones.

—¡Pero eso es imposible! —exclamé.

—No lo creas, Uhsú. Yo temía, en un principio, una desintegración seguida de la consiguiente muerte. Pero mi acelerador progresivo obtiene una reducción tan perfecta que, aunque no quieras creerlo, la conversión de un organismo multicelular en algo más pequeño no lleva consigo, como yo temía, la destrucción de todas sus células, sino simplemente la reducción de su tamaño, lo que demuestra, como tú bien sabes, que nuestra dimensión en el espacio no es más que función de la velocidad en que nos movemos.

—¡Es fabuloso! —exclamó Rhama.

La sonrisa se acentuó en los labios del profesor.

—Ahora vais a ver —siguió explicando— uno de los experimentos más fundamentales y que os demostrará, sin la menor duda, que todo lo que os he dicho es cierto. Venid conmigo…

Le seguimos hasta uno de los extremos de la inmensa galería. Allí, en una jaula, se encontraba un perro de un tamaño bastante grande. El animal, echado en el suelo, volvió la cabeza para mirarnos y no pude por menos de sentir piedad al ver la luz, casi humana, que lucía en sus grandes y rasgados ojos.

—Este perro —siguió Ehnar— va a pasar por las sucesivas cámaras de aceleración progresiva. Los sistemas ópticos inventados por mí no nos permitirán ver los estallidos intermediarios, pero sí podremos ver al perro cuando éste alcance el tamaño aproximado de los más pequeños microbios. ¿Preparados?

Rhama y yo hicimos el mismo gesto de asentimiento con la cabeza.

Oprimiendo el botón, una cápsula negra recubrió por entero la jaula que encerraba al animal. Al mismo tiempo, una serie de

motores empezaron a mugir, en un *crescendo* en verdad alucinante.

Yo tenía las palmas de las manos empapadas en sudor helado. La emoción era tal que mi corazón aumentó el ritmo de sus latidos y tuve que apoyarme en una de las mesas auxiliares, ya que temía por mi propio equilibrio. Miré al profesor, pero éste estaba abstraído en su cuadro de mandos y pulsaba botones, movía palancas, controlaba cuadrantes donde las agujas se agitaban, cada vez con mayor intensidad, en una especie de vibración alocada que, en cierto modo, era semejante a la de las ideas que en mi cerebro pasaban a velocidad vertiginosa.

Ideas opuestas y contradictorias.

Por un lado, me decía yo, la personalidad del profesor Ehnar no debía permitirme la menor duda respecto a la veracidad de cuanto acababa de relatarme; pero, por otro lado, una especie de instinto primitivo, una singular concepción de las cosas me hacía pensar que la reducción de un cuerpo de tan colosal volumen como el perro era algo imposible por completo.

Pasaron unos diez minutos.

Luego, de repente, el viejo profesor se volvió hacia mí y señalándome uno de los objetivos me dijo:

—Echa una ojeada, Uhsú.

Al aplicar mi ojo sobre la lente, mientras manipulaba el mecanismo de enfoque, la emoción creció en mi pecho convirtiéndose en algo muy semejante a la angustia. Pero, de pronto, una imagen apareció sobre el fondo negro por el que parecían desfilar a gran velocidad puntos blancos que, como comprendí, no eran ni más ni menos que los fotones de la luz. ¡Aquella imagen era la del perro que poco antes había visto yo mismo en la jaula!

Arrepintiéndome luego, no pude evitar en aquel instante la sospecha de que era víctima de una superchería del profesor Ehnar. Pero éste pareció adivinar mis pensamientos, como si leyera lo que pasaba en mi mente. Y acercándose a mí, me señaló otro de los mandos al tiempo que ordenaba:

—Aprieta aquí y proyecta el micro-visor. Así podrás comprender la dimensión exacta de ese animal que estás viendo desplazarse, dentro del tubo de aceleración progresiva, a una velocidad aproximada de doscientos cincuenta mil kilómetros por hora.

Hice lo que me decía.

La lente micrométrica proyectó sobre la imagen una serie de líneas y entonces estuve a punto de lanzar una exclamación de entusiasmo. Yo había utilizado infinidad de aparatos ópticos que conocía a la perfección para aquellas micromedidas que permiten conocer con exactitud las dimensiones de los objetos en general completamente invisibles.

¡Y aquí no podía caber error alguno!

Cayendo sobre la imagen del perro, las rayas parecían dividirlo como un invisible micrótomo. Yo me puse a contarlas una a una, repitiendo la operación hasta tener la completa seguridad de que no había posibilidad del menor error en el cálculo que tenía ante los ojos. Aquel animal, que debía medir en la jaula cerca de un metro ochenta de longitud por unos ochenta centímetros de alzada, tenía ahora, de largo, menos de seis micras (milésimas de milímetro) y una altura que apenas llegaba a tres.

Me separé del objetivo buscando confirmación en los ojos tranquilos del profesor que me miraban sonrientes, luminosos, con esa paz que sólo pueden tener los verdaderos hombres de ciencia.

—¿Qué te parece? —me preguntó.

Tuve trabajo para contestar. Una especie de fuerte nudo me oprimía la garganta y tardé bastante tiempo en poder expresar la emoción que me embargaba.

—Es un triunfo completo, profesor —le dije con una voz velada —. Puede decirse —añadí cuando recobré por completo el uso de la voz— que ha conseguido usted el único camino para salvar a nuestra pobre Humanidad.

No había en su rostro la menor muestra de orgullo; su sonrisa seguía siendo tan bondadosa como sencilla, tan desprovista de otros sentimientos que no fuesen la de íntima satisfacción que le causaba el haber conseguido la manera de salvar a sus contemporáneos. Sin dejar de sonreír, se acercó a mí y me puso la mano sobre el hombro.

—Esta tarde —me dijo— comunicaré a los Gobiernos de todos los planetas que he encontrado el medio de que salgamos de este terrible atolladero. Naturalmente —se apresuró a agregar—, hemos de proceder a una rápida fabricación de una serie de aceleradores progresivos, de forma que en todos los planetas haya varios y pueda empezarse a enviar hombres, mujeres y niños, hacia cualquier

punto que se elija en el Universo.

La curiosidad me picó como una irritante abeja.

—¿Y hacia dónde iremos? —No pude por menos de preguntar.

—Eso no depende de mí —repuso él—. La Junta de los Gobiernos del Sistema se reunirá, con toda seguridad, para precisar el punto del Universo hacia el que nos dirigiremos y donde, con un poco de suerte, podremos reorganizar de nuevo nuestra vida.

Un aspecto del problema acababa de acudirme a la cabeza. Pero antes de formular la pregunta, miré al profesor, como si intentara adivinar la respuesta antes de que ésta se produjese.

—Y una vez terminado el viaje a través del Universo, profesor, ¿volveremos a tener el mismo tamaño que ahora?

Por primera vez, en la amplia frente de Ehnar se dibujaron una serie de profundas y paralelas arrugas. Un ligero temblor sacudió sus manos de delicados y largos dedos. Luego entornó los ojos y con una voz apagada contestó:

—No lo sé, Uhsú. Lógicamente, así debe producirse, ya que una vez que cese la aceleración debida a la velocidad de la luz, los cuerpos que fueron sometidos a ellas deberán recuperar su tamaño original. Pero eso, sólo el destino y el futuro lo saben ya.

La sonrisa floreció de nuevo en sus rectos y finos labios.

—Lo importante ahora —concluyó—, es poder salir de esta terrible situación. Ya que, además de las criaturas humanas, he conseguido disminuir de tamaño una serie de objetos que pueden facilitar nuestra vida una vez lleguemos a nuestro destino.

—¿Quiere decir eso que nos llevaremos de aquí todo lo necesario para desarrollar nuestra civilización en el punto en el que arribemos?

—Eso es.

Los temores huyeron de mí como pájaros asustados. Entonces, bruscamente, me acerqué a Rhama. La sombría expresión de tristeza había desaparecido por completo del rostro de mi esposa. Le cogí las manos llevándomelas a los labios y posando en la delicada piel un fervoroso beso.

—Volver a empezar —musité—. ¿No es hermoso, amor mío?

Ella me miró con sus enormes ojos abiertos como amplias ventanas.

—Vayamos donde vayamos —me dijo con ternura—, sólo me

importa una cosa, Uhsú, estar a tu lado.

Y tenía razón.

Porque incluso en la soledad del Espacio cósmico, el hombre, justamente por serlo, ha de agarrarse a algo con ese gesto desesperado, que la mayor parte de las veces, le salva del terrible infierno de la soledad.

* * *

Los preparativos se aceleraron en todos los planetas.

Cada mañana, si podía llamarse así al día grisáceo de cada falso amanecer, hombres y mujeres miraban al cielo observando con terror la oscuridad creciente.

Allá, en el fondo del firmamento, el doble sol no hacía más que crecer y crecer, convirtiéndose en una masa que iba haciéndose opaca, con grandes sombras que lo cubrían casi por completo.

Los aparatos del profesor fueron montados en todas partes.

Larguísimas hileras de gente, que seguía sumisa a los vehículos cargados con toda clase de aparatos, se formaban delante de los centros desde los que se iba a proceder a los lanzamientos.

Después de algunas modificaciones, el aparato del profesor se había convertido, en uno de los extremos del tubo, en una plataforma donde se colocaron un centenar de asientos.

De esta manera, los envíos a la zona de la luz se hacía por centenares.

En la ciudad, ayudando a los equipos de orientación, mi esposa y yo no tuvimos un momento de descanso.

Trabajamos sin cesar.

Cuando asistimos al primer envío, lo recuerdo perfectamente, experimentamos una extraña sensación.

Y no era para menos.

Sobre la plataforma, la gente estaba sentada, ofreciendo un cuadro emocionante y que no dejaba de producir una cierta angustia.

Las familias se habían colocado juntas, las madres tenían a los niños pequeños en su regazo, pero su mano libre se unía a la de su esposo mirándose ambos como si se preguntaran qué iba a ocurrirles.

Luego venía lo peor.

Obligados a entrar en la cámara uno a uno, empujados los sillones por unos carriles especiales, se veía llorar a los que debían separarse manteniendo sus manos unidas hasta el último instante.

Cuando la cámara había tragado al centenar de seres de la plataforma, mientras ésta se llenaba de nuevo, el tubo se elevaba como un largo cañón.

La aceleración de los corpúsculos producía un ruido sordo que me hacía estremecer.

Costaba mucho pensar que allí dentro los seres que yo había visto momentos antes se estaban convirtiendo en minúsculas criaturas…

¡En microbios!

Poco después, un rayo de luz brotaba de la extremidad del cañón al tiempo que un silbido se prolongaba en nuestros oídos durante algunos segundos.

Rhama y yo mirábamos al Espacio.

Nada se veía, pero era sencillo, y estremecedor al mismo tiempo, imaginar que en aquel rayo de luz que se alejaba iban las esperanzas de muchas familias, de seres que momentos antes se miraban con la misma intensidad que unos pobres animales que se encaminasen al matadero.

La idea me dio frío en la espalda.

¿Y si las ideas del profesor estaban equivocadas?

En aquella tremenda velocidad de la luz, ¿no acabaríamos siendo destruidos?

Todo podría ser.

Por otra parte, a pesar de los cuidadosos cálculos hechos por nuestros técnicos, ¿no podía ser posible que los rayos de luz se dirigieran hacia regiones diversas?

En este caso, nunca podríamos reunimos como deseábamos en un mismo sector del Universo.

Miré a mi esposa.

Por fortuna, ella y yo formaríamos parte de la misma expedición y así, en el peor de los casos, estaríamos juntos.

* * *

Había llegado el momento.

Cientos de miles de seres habían sido lanzados ya. Ahora,

mientras Rhama y yo avanzábamos hacia la plataforma, cogidos de la mano, yo sentía una emoción de la que no podía escaparme.

Nos sentamos.

A nuestro alrededor, la gente ofrecía el mismo triste aspecto que el de todas las expediciones que habíamos visto antes; las mismas expresiones de dolor y de angustia.

Pero ¿no nos pasaba igual a Rhama y a mí?

Ella me miró.

—Uhsú… —musitó apretando mi mano con fuerza.

—¿Qué quieres?

—Tengo miedo.

Le sonreí.

—No temas. Yo tengo una confianza completa en el proyecto del profesor; además…, ¿qué podríamos hacer?

—Es cierto; pero…

—Pero ¿qué?

—Me horroriza pensar que vamos a convertirnos en seres microscópicos.

—¿Tanta importancia tiene eso?

—Mucha.

—¿Por qué?

Lo comprendí sin que me lo dijese. Para una mujer, hay cosas que tienen muchísima importancia. Es casi imposible evitar en ellas que se produzca un escalofrío cuando la integridad de su cuerpo peligra.

Los sillones que nos precedían empezaron a moverse.

Uno a uno penetraron en la cámara.

Algunas mujeres lloraban a nuestro alrededor.

Yo no separaba la mirada de los ojos de Rhama clavados en los míos. Y así, lentamente, nos acercamos a la entrada de la cámara.

Le tocó a ella primero.

Quise evitarlo, pero los carriles la arrancaron de mi lado y, poco después, ella desaparecía de mi vista tragada por la negra boca de aquella máquina que, en aquellos instantes, se me imaginó infernal.

Penetré en ella.

Una oscuridad total me rodeó.

Mis ojos buscaron ansiosos la imagen de mi esposa, pero no había más que negrura y luego, bruscamente, un zumbido de

intensidad creciente hizo que mi cuerpo se pusiese a vibrar con la fuerza de un diapasón.

Era como si mi organismo se deshiciera.

Por fortuna, la negrura pareció penetrar por mis ojos, extendiéndose en mi cerebro como una mancha de aceite. De otra manera, el silbido del acelerador de corpúsculos hubiera terminado por volverme loco.

Y me hundí en una blanda e inconmesurable nada.

CAPÍTULO III



L señor Smith era uno de esos simpáticos rentistas, así los llaman en la Tierra, que había trabajado muy duro durante toda su vida para conseguir el objetivo que debió imponerse desde muy joven.

Después de muchos años en ese demoníaco lugar que se llama Nueva York, mezclado con sus catorce millones de habitantes, con sus calles angostas y de altos edificios, especie de gigantesca colmena donde la personalidad se difumina por completo, salvo rarísimas y contadas excepciones, Oswald Smith, a la interesante edad de cincuenta y tres años, consiguió escapar de aquel pandemónium, yendo a habitar con su simpática esposa una casita de una planta, en los alrededores de la gran ciudad; lo suficiente lejos de ella para que ni siquiera llegaran hasta allá los crujidos, estallidos, explosiones, trepidaciones, vibraciones, espasmos y otros sonidos más o menos desagradables que formaban parte integrante de la atmósfera asfixiante y deletérea de las calles del gran Nueva York.

Una casita de una planta y, sobre todo, delante de ella un amplio jardín, mitad huerta, donde el viejo Smith pasaba la mayor parte de su tiempo, desde que se levantaba el sol por encima de los lejanos rascacielos de la ciudad hasta que se ocultaba, a espaldas de su propiedad, en el fondo verdoso y ondulante de las colinas.

Smith era feliz.

Desde que había conseguido instalarse en aquel plácido lugar, los temblores de su cuerpo habían cesado como por ensalmo. Poco a poco, sus mejillas se fueron tiñendo de rojo, y desapareció de su rostro el color cerúleo, pálido y enfermizo que caracteriza a los habitantes de las grandes urbes. Su estómago dejó de hacerle sufrir, pero hasta sus cabellos, ahora blancuzcos, que amenazaban por desaparecer, se mantuvieron en su sitio, dando a su figura una especie de nimbo que le prestaba un lejano aspecto de viejo pastor.

La felicidad de Smith había sido también la de su esposa. A pesar de su edad, era relativamente más joven que Oswald, Carol Smith recobró, en un abrir y cerrar de ojos, aquella lozanía que había admirado y enamorado a su esposo en otros tiempos.

Vestida con una sencilla bata de percal, iba de un lado para otro de la casa, haciendo la cocina, asomándose de vez en cuando a la ventana del salón para mirar, con una sonrisa de complacencia en los labios, la figura inclinada sobre el suelo de su marido que, teniendo a mano todos los instrumentos necesarios, gozaba de manera indudable en el cultivo de las flores que ocupaban la franja, a ambos lados de la verja que conducía a ambos lados de la puerta y de las hortalizas y demás plantas comestibles que cubrían el resto del pequeño jardín.

Mi grupo, que como ya he dicho contaba con unos doscientos mil individuos, aterrizó exactamente sobre uno de los rincones del jardín del señor Smith. El choque no fue violento, ya que la atmósfera del planeta Tierra detuvo, en cierto modo, la poderosa y velocísima aceleración que llevábamos, en el centro de aquel rayo de luz que nos había proyectado a través del Espacio para cubrir una distancia impresionante hasta lo increíble.

Por otra parte, nuestra pequeñez orgánica amortiguó, hasta cierto límite, el golpe de la caída y, como dicen los terrícolas, nos encontramos de la mañana a la noche, sobre las hojas rizadas de una col de Bruselas, orgullo legítimo de nuestro querido anfitrión,

el señor Oswald Smith.

La llegada a este nuevo planeta nos planteó, desde el principio, complicados problemas. Pero, por suerte y gracias a la previsión del profesor Ehnar, que formaban parte de nuestra expedición, multitud de aparatos de todas clases y tamaños habían viajado con nosotros, reducidos gracias al fabuloso túnel negro del hombre de ciencia, hallándonos de esta manera en posesión de medios capaces de facilitar nuestro contacto con aquel lejano mundo al que habíamos ido a parar.

Poderosos telescopios nos pusieron en contacto con una realidad que, en cierto modo, no nos asombró en absoluto. A pesar de nuestro diminuto tamaño, nos dimos cuenta de que habíamos llegado a un mundo bastante semejante a nuestro viejo planeta abandonado, aquel sistema que debía de estar sumido ya en la oscuridad eterna a que le había condenado la extinción de nuestro doble y fabuloso sol.

No fue, por lo tanto, un choque violento de esos que hacen relamerse de gusto a ciertos escritores de ciencia-ficción que se complacen en viajar por planetas poblados de criaturas monstruosas. Los hombres que poblaban la Tierra eran como nosotros, con la salvedad del tamaño y, por lo que podíamos ver, aunque estaban atrasados, se encontraban en un camino progresivo y veloz que les llevaría, en pocas décadas, a gozar de una civilización semejante a la que nosotros habíamos alcanzado.

Claro que había singulares diferencias. Pero de esto tardamos bastante tiempo en apercibirnos. Por el momento, sirviéndonos de nuestros aparatos, entramos en contacto con las circunstancias nuevas a las que habíamos llegado. Y así, en aquella mañana de aquel año, que todavía no sabíamos que se trataba del día 25 de junio de 1964, pudimos contemplar, gracias a las poderosas lentes de nuestros microscopios, el rostro simpático del señor Smith y poco después el de su amable y querida esposa.

Utilizando después nuestros audífonos selectivos conseguimos, con alegría, captar los sonidos que nos rodeaban y así podíamos ir precisando una serie de detalles que nos recordaban con exactitud lo que habíamos vivido en nuestro lejano Sistema Solar.

Pero cuando grabamos en cinta magnetofónica las voces del señor Smith y de su esposa, nos encontramos con un nuevo

problema que, gracias a que trajimos a la Tierra nuestros computadores electrónicos de clasificación, pudimos soslayar y poco más tarde éramos capaces de comprender el lenguaje que nuestra pareja de anfitriones hablaba y que era, por cierto, ese inglés que ustedes, los terrícolas, llaman americano.

Instalados sobre aquella col de Bruselas, que era para nosotros un continente de verdura que iba a proporcionarnos, gracias a nuestros procedimientos mecánicos, el alimento necesario para calmar el apetito que se había despertado en nuestros pequeños organismos después de los cientos y cientos de años luz que habíamos tardado en llegar a la Tierra, organizamos equipos de escucha y de visión para mantenernos en contacto, parcial por el momento, con aquellas dos criaturas humanas que eran las que más próximas se encontraban a nosotros. Todavía no habíamos recibido noticias de los otros grupos expedicionarios y por eso enviábamos mensajes constantemente, con la esperanza de que muy pronto se establecieran entre los habitantes de aquel sistema que era el nuestro, relaciones necesarias para montar la ayuda que los más débiles necesitasen.

Aquella mañana, instalado en la Central que habíamos montado para la escucha de sonidos, pudimos captar por entero la interesante conversación que se desarrollaba entre el señor y la señora Smith.

Primero hubo un gruñido, el del señor Smith, seguido del ruido que producía la taza de café al ser dejada sobre el plato. Luego…

—Me fastidia ir a Nueva York, querida —dijo el señor Smith.

—¿Por qué tienes que ir?

—Mis rosas. No hay nada que hacer, querida. He utilizado todos mis productos que me ha enviado esa casa de la ciudad. Pero esta clase de pulgones, de un tamaño mucho más reducido que los que había visto hasta ahora, están destruyendo por completo nuestras hermosas rosas. ¿No es desesperante?

—Yo creía —repuso la señora Smith— que esas cajas que hemos recibido últimamente contenían productos de garantía completa.

—Y así es. Pero, de todos modos, ninguno de ellos se ha mostrado lo eficaz que yo esperaba con esa raza de pulgones que, como te he dicho antes, están destruyendo por completo nuestros rosales.

Hubo un silencio.

En nuestra cámara de escucha, en la que en aquel momento se encontraba el profesor Ehnar, las palabras de aquella pareja de humanos había despertado la consabida expectación. Yo estaba sentado muy cerca del aparato de escucha, en cuya proximidad se había acomodado el profesor. Volví el rostro hacia él y noté con satisfacción que aparecía en sus labios aquella sonrisa que precedía siempre a un intenso trabajo mental.

Intrigado le pregunté:

—¿Está usted pensando algo, profesor?

Tardó en contestarme.

Tenía los ojos entornados y parecía preocupado en alto grado. Luego, tras una larga pausa, repuso:

—Sí, Uhsú. Yo creo que desde un principio debemos hacer lo posible para ayudar a los ocupantes de este planeta. No sabemos todavía cómo y cuándo vamos a necesitarlos. Pero hemos de desarrollar en nosotros un sentido de hospitalidad y hacerles ver, aunque sea de momento de modo parcial que estamos a su lado.

—¿Quiere usted decir que se dispone a luchar contra esos pulgones?

—Sí. Pero antes —repuso después de un corto silencio— deseo conocer esa clase de animales de cerca.

Y mirándome con fijeza, añadió:

—¿Quieres acompañarme?

—De mil amores.

Además de los complicados aparatos técnicos que habíamos traído en nuestro largo viaje espacial, no habíamos olvidado, gracias a la previsión de la Junta gubernamental de nuestro planeta, traer unos pequeños vehículos voladores, de dos y tres plazas, con los que podíamos trasladarnos, con cierta comodidad debido a nuestro minúsculo tamaño, de un lado para otro.

Momentos después, tras haber comunicado a mi esposa el sitio al que nos dirigíamos, el profesor y yo nos embarcamos en uno de aquellos aparatos voladores que nos permitió recorrer en poquísimo tiempo la distancia que separaba la col de Bruselas, en la que habíamos instalado nuestra pequeña población, hasta el punto donde, a ambos lados de la vereda que se dirigía desde la puerta de entrada hasta la casa, se levantaban los magníficos rosales del señor

Smith.

Después de evolucionar sobre aquellas hermosas flores, que aparecían ante nosotros como manchas gigantescas, debido a nuestro minúsculo tamaño, elegimos una de ellas y nuestro aparato se posó blandamente sobre un pétalo de color rojo intenso, cuya superficie no nos pareció tan aterciopelada como a los ojos de los humanos, sino rugosa, con multitud de pelos, que tenían, para nosotros, el tamaño descomunal de árboles gigantescos.

He de decir que, para evitar sorpresas, habíamos traído también con nosotros armas eficaces, de minúsculo tamaño, pistolas y rifles que disparaban proyectiles especiales, casi siempre dotados de propiedades anestésicas, ya que en nuestro viejo sistema hacía tiempo que se habían abolido lo que ustedes, los terrícolas, llaman las armas de fuego.

Descendiendo del vehículo, el profesor y yo anduvimos unos instantes por aquella selva maravillosa que era el pétalo de rosa. No tardamos mucho tiempo en distinguir, agazapado entre los pelos, al gigantesco animal que no era, después de todo, más que un microscópico pulgón que, glotonamente, devoraba el terreno sobre el que había posado sus tres pares de patas.

El profesor se volvió hacia mí.

—Necesitaríamos, amigo mío —dijo en voz baja—, capturarlo vivo. Sólo un análisis profundo de su organismo, podría llegarnos a encontrar el medio más eficaz para combatir a los de su especie.

No era un problema sencillo. Pero gracias a los proyectiles anestésicos de nuestras armas, que disparamos acto seguido, el pulgón cayó de bruces; y lo más difícil fue trasladarlo a nuestro pequeño vehículo, al que le sujetamos con correas magnéticas, regresando en seguida a nuestro punto de partida. Durante toda una semana, y a partir de ahora hablaré siempre en términos de tiempo terrícolas, el profesor Ehnar estuvo estudiando el cuerpo gigantesco de aquel animal. Ayudado por un grupo de biólogos, consiguió descubrir una cierta labilidad en los órganos reproductivos del pulgón. Luego, trasladándose al departamento químico, hizo que un grupo de investigadores se pusieran a trabajar de firme y, tres días después, siempre tres días de Tierra, poseíamos una sustancia capaz de evitar que los pulgones se reprodujeran, dando así una feliz y definitiva solución al problema que preocupaba al señor Smith.

Dos días después ocurrió el milagro.

Gracias a nuestros audífonos, pudimos oír la conversación que el señor Smith y su esposa mantenían durante la cena. Y todos nosotros nos sentimos felices al comprobar, por las palabras que llegaban hasta nuestros oídos, que Oswald Smith estaba íntimamente agradecido a lo que él juzgaba algo prodigioso que, en realidad, era debido a los estudios combinados de todos nuestros hombres de ciencia.

—¡Es maravilloso! —decía Oswald—. No puedes imaginarte el cambio que han sufrido esas flores. ¡Y yo que temía por ellas!

—¿Qué producto has utilizado? —le preguntó su esposa.

—Eso es lo curioso —respondió él—. Estaba aburrido de todos los polvos que me enviaron de Nueva York y, como te dije hace unos días, dispuesto a escribir una carta fuerte a esas empresas que tanto vanaglorian sus falsos insecticidas. Pero la verdad, querida, es que nuestras flores serán sin duda alguna las más hermosas de toda la vecindad.

Mientras oíamos las palabras de la pareja, nos miramos en silencio. Todos comprendimos entonces que aquél había sido un dichoso primer contacto, en el que nuestros profundos conocimientos habían servido para ayudar a nuestros anfitriones terrícolas. Y como me imaginaba, el profesor dijo entonces:

—Hemos de proceder en cuanto podamos, a establecer un contacto directo con los habitantes de este planeta. Ellos no deben ignorar nuestra presencia, y por fantástico que les parezca, hemos de llegar a convivir, de tal forma, que nos ayudemos los unos a los otros.

Y después de una pausa, añadió:

—He observado que utilizan líquidos que podrían dañarnos al intentar limpiar las plantas en las que nos albergamos. Estos peligros deben ser evitados lo antes posible. Por lo tanto, ordeno a la Comisión de Comunicadores que estudie el procedimiento para establecer contactos con los humanos lo antes posible.

Era nuestra nueva y grandiosa esperanza.

CAPÍTULO IV



LGO insólito e inesperado nos impidió entrar en comunicación con el simpático señor Smith.

De repente, un brusco cambio de la temperatura hizo que nuestro anfitrión olvidase, de momento, sus flores y hortalizas, mientras que un viento helado venía del norte, anunciando ya la llegada de un invierno precoz.

El señor Smith había protegido sus hermosas flores con una serie de telas que las cubrían casi por completo. Una vez seguro de que así no podrían helarse, su vida cambió por completo y se recluyó en su casa, cerrando la puerta y dejándonos incomunicados con él, ya que los objetos sólidos dificultaban en extremo las comunicaciones de nuestros aparatos de transmisión.

Nuestra situación también había cambiado y a pesar de los medios que poseíamos para defendernos contra el descenso brusco de la temperatura ambiente, nos vimos obligados a abandonar aquel gigantesco mundo verde, la col, en la que nos habíamos posado

desde nuestra llegada a la Tierra, optando por fin, después de una larga y discutida reunión, por penetrar en el domicilio del señor Smith, eligiendo para ello cualquier orificio, ya que nuestro tamaño nos procuraba, al menos, la facilidad de penetrar en cualquier parte.

Elegimos un lugar, sobre la estantería repleta de libros. Allí instalamos nuestra gran colonia, montando de nuevo todos los aparatos necesarios y ahora con la seguridad casi completa de poder entrar en comunicación con nuestro primer terrícola. La proximidad de una antena de televisión nos facilitó la tarea de mantener comunicación con el exterior, proyectando nuestras ondas a través de la masa metálica que utilizamos como amplificador.

Así pudimos empezar a recibir noticias de otros grupos procedentes de nuestro planeta.

Uno de ellos, el primero con el que conseguimos comunicarnos, había caído en los arrabales de una gran ciudad, al otro lado de un inmenso océano, llamada París.

El aterrizaje había sido feliz, pero las dificultades primeras acarrearon la muerte de varios centenares de mis compatriotas, ya que tuvieron la desgracia de posarse cerca de un laboratorio de productos germicidas, dándose cuenta demasiado tarde de que se encontraban en una atmósfera deletérea.

Escapando de allí más que aprisa, ayudándose con los aparatos de transporte aéreo que habían traído en el largo viaje desde nuestro Sistema Solar, aquel grupo se alejó del punto peligroso para instalarse, finalmente, como nos contaron, en un sitio muy curioso, llamado Charenton, en un edificio que resultó ser, como pudieron comprobar más tarde, un manicomio.

Gracias a los aparatos de percepción que llevaba aquel equipo, pudieron obtener una información bastante profunda de todas las enfermedades de tipo mental que aquejaban a los habitantes del planeta al que habíamos ido a parar. Durante muchas horas recibimos comunicaciones de la mayor importancia para nosotros, ya que intentábamos, de cualquier forma, conocer no sólo las virtudes de los terrícolas, sino sus defectos.

Otro de los grupos, con cerca de cien millones de seres, había caído muy lejos, debido al movimiento de la Tierra, en un lugar bastante frío, pero al que se adaptaron con rapidez. Con este grupo mantuvimos también comunicación constante, aunque nos dijeron

que el país en el que habían aterrizado se llamaba Rusia y era uno de los más extensos del planeta al que habíamos ido a parar.

Mientras nuestros equipos especiales intentaban estudiar y encontrar el método para comunicarnos lo antes posible con el señor Smith, el primer terrícola que teníamos al alcance de la mano, recibimos una información con mucha fuerza, procedente de un lugar que no debía de encontrarse demasiado lejos del sitio en el que nosotros nos hallábamos. Aquella mañana, lo recuerdo bien, yo estaba junto a uno de los jefes del equipo de recepción y transmisión, paseándome como siempre en compañía de Rhama. La superficie pulimentada de la biblioteca del señor Smith nos había permitido extender nuestra población, empezando a construir una serie de pequeños edificios que podían albergar cada uno de ellos varias familias. Nosotros, mi esposa y yo construimos nuestro propio hogar y nos alegró muchísimo comprobar que aquella pequeña ciudad iba creciendo progresivamente y que contábamos, después de todo, con medios lo bastante eficientes para hacer de nuestra existencia algo interesante.

Cuando me acerqué a Assar, el jefe del equipo de comunicaciones, éste acababa de recibir un mensaje.

—Es interesante —dijo, volviéndose hacia mí.

—¿El qué? —le pregunté.

—Este mensaje que acabo de recibir. Viene de muy cerca. Es algo confuso aún, pero dentro de unos minutos podremos obtener una comunicación perfecta.

Rhama y yo esperamos con la consiguiente curiosidad. Al cabo de unos instantes, la voz de nuestro comunicante brotaba con toda claridad del sistema complejo de altavoces que Assar tenía ante él.

—Aquí, grupo siete —dijo la voz—. Nos encontramos en el interior de un altísimo complejo edificio, no lejos de una vía fluvial que desemboca en el mar. Hemos establecido un contacto perfecto con el grupo número ocho que, según dicen, se encuentra en las proximidades de una gran ciudad llamada París. Por lo que los jefes del grupo número ocho nos han dicho, creemos haber caído por desgracia en un lugar semejante al suyo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Assar.

—¿Es que no habéis tenido noticias del grupo número ocho? —preguntó la voz.

—Sí —replicó nuestro jefe de comunicaciones—. Sabemos que tuvieron mala suerte al caer y que luego se han refugiado en un lugar que los terrícolas llaman «manicomio»; es decir, un sitio en el que encierran a sus enfermos de la mente. Es curioso —añadió— que nosotros no conozcamos en absoluto esa clase de enfermedades.

—Por suerte —replicó la voz—. Me gustaría que estuvieras aquí, Assar. Yo no conozco el manicomio en el que se encuentra el grupo número ocho, pero esto es peor.

—¿No puedes señalarme el punto exacto?

—Espera, creo que sí. Es un edificio muy alto y achatado, que hemos estado recorriendo con nuestros vehículos en todos los sentidos. Es prácticamente inacabable. Hay una gran sala en la que, lo que nosotros creemos que son los enfermos más graves, son dejados en libertad para que discutan, y lo hacen en muchísimas lenguas distintas. Ahora que recuerdo por lo que hemos captado de las conversaciones de estos terrícolas, por desgracia dementes, el lugar en el que nos encontramos se llama, toma nota: «Edificio de la Organización de Naciones Unidas».

Nuestro comunicante siguió hablándonos y contándonos una serie de curiosos detalles sobre todo lo que había visto en aquel colosal edificio. Según él, y deduciendo de lo observado, se hallaban encerrados allí hombres de estado mental confuso, pertenecientes a casi todos los países del mundo.

—Esto —nos dijo— debe ser un manicomio internacional al que sólo tienen acceso los enfermos más peligrosos de cada país. Empleando el lenguaje de los terrícolas, hemos observado, entre otras cosas, megalomanía, grandilocuencia, espíritu de obstrucción y otras cosas por el estilo.

Pasamos un buen rato escuchando al comunicante del grupo siete. Luego, Rhama y yo nos fuimos a visitar al profesor Ehnar que, como esperábamos, se encontraban en otro centro de comunicación, cuyos miembros acababan de poner en marcha un procedimiento para poder comunicarse con el señor Smith.

Después de estudios prolongados y profundos, nuestros técnicos habían llegado a la conclusión de que la única manera de poder conversar con nuestro anfitrión terrícola era utilizar su aparato de televisión en los momentos en que éste no estaba encendido, ya que tanto el señor Smith como su esposa, pasaban largas horas

contemplando las imágenes de sus programas y canales favoritos.

Al lado del profesor Ehnar, Tremar, el jefe de los técnicos, nos saludó afablemente.

—Llegáis a punto —nos dijo—. Vamos a poner en marcha nuestro primer ensayo.

—¿Y cómo sabes dónde se encuentra el terrícola? —le pregunté.

—Le están siguiendo con radar y telescopio —contestó—. Tres equipos especiales me orientarán y analizarán, de manera perfecta, todas sus reacciones. Por otra parte, hemos colocado potentes micrófonos en naves y vehículos que giran alrededor del terrícola, pudiendo así captar los sonidos que, nuestro analizador electrónico de lenguajes nos traducirá al instante.

—Estoy deseando ver cómo reacciona —intervino el profesor.

Todos nos dimos cuenta de la importancia de sus palabras.

Hasta el momento, por lo que sabíamos del señor Smith, en la vaga idea que teníamos de él, gracias a las imágenes captadas por las cámaras telescópicas, así como las conversaciones que habíamos sorprendido entre él y su esposa, nos daban la imagen de una persona plácida, amable, simpática. Pero, con evidencia, la reacción de una criatura inteligente en presencia de otros seres de su misma categoría, visibles ante él, podría solucionarnos algunos interrogantes, incluso desagradables.

De ahí la expectación que se enseñoreaba de nosotros.

El equipo a las órdenes de Tremar empezó a trabajar de inmediato; instantes después, enviaban su primer mensaje al aparato de televisión, cuyos mecanismos de sonido habían encendido a distancia. Tremar, en el lenguaje terrícola llamado inglés, fue quien habló de esta manera:

—Escuche con atención, señor Smith. No se preocupe en absoluto, ya que no corre ningún peligro. Estamos intentando comunicarnos con usted. ¿Nos oye?

Del departamento de las cámaras telescópicas nos llegó casi en seguida un inquietante mensaje.

—Está sobresaltado —comunicó uno de los técnicos—. Se ha puesto en pie y mira de manera sospechosa al aparato de televisión del que acaba de surgir la voz de Treman. ¿Qué hacemos?

Fue el profesor quien contestó.

—Sigan observando y tomando vistas del terrícola. Nosotros

vamos a proseguir la conversación.

En efecto, Tremar continuó hablando momentos después:

—No se alarme, por favor, señor Smith. Somos amigos. Tampoco se asuste respecto a su aparato. Lo hemos encendido a distancia. Estamos llevando a cabo un experimento para comunicarnos con usted. Tenga la amabilidad de contestarnos.

Hubo un largo silencio, casi angustioso. Luego, el sistema de comunicación que estaba conectado con los altavoces en vuelo y las pequeñas naves y vehículos que volaban, invisibles a los ojos del señor Smith, nos hicieron llegar la respuesta de éste:

—Les oigo perfectamente —respondió—, pero ¿qué clase de broma es ésta?

Tremar se acercó al micrófono.

—No se trata de ninguna broma, señor Smith. Vuelvo a repetirle que somos amigos. Nos encontramos en una situación bastante delicada y quisiéramos, con toda tranquilidad, exponerle nuestras cuitas.

—¿Dónde se encuentran ustedes?

—Estamos en su habitación, señor Smith.

—¡Eso no es cierto!

Tremar se dio cuenta, aunque demasiado tarde, que había expresado una verdad que el terrícola, por el momento, no podía comprender. En efecto, las reacciones que nos comunicaron desde las cámaras telescópicas nos hicieron estremecer de pies a cabeza. Furioso, el señor Smith se había abalanzado hacia el televisor y tras asir una silla, golpeó el aparato hasta destrozarlo por completo. Seguimos recibiendo mensajes.

Nos comunicaron entonces la aparición súbita de la señora Smith que, saliendo de la cocina, miró horrorizada a su esposo y se acercó a él temerosa, con una expresión de espanto en el rostro.

—¿Qué has hecho, querido?

—¡Me han hablado, Clara! ¡Me han hablado!

—¿Quién?

—No lo sé. Me han dicho que estaban en la habitación, que querían comunicarse conmigo. Y han utilizado el televisor que estaba apagado.

El miedo se pintó ahora con mayor fuerza en el rostro de la pobre mujer. Sonriente, se acercó a su esposo y cogiéndole por el

brazo animó:

—¡Tranquilízate, Oswald! Lo que ocurre es que no has descansado lo bastante.

Él la rechazó con cierta brusquedad.

—¿Es que crees que me he vuelto loco?

—Yo no he dicho eso.

—Pues escúchame bien, Clara. Han hablado a través de el televisor y éste estaba apagado. Han dicho que querían conversar conmigo y que se encontraban en esta habitación. ¿Ves tú a alguien?

—No.

El señor Smith estaba muy alarmado.

—Entonces, ¿vas a creerme?

Ella lanzó un suspiro.

—Naturalmente que sí, querido. Te creo. Pero ahora, por favor, ¿quieres echarte un poco en tu habitación?

—Como quieras.

Consiguió, no sin esfuerzo, llevarse a su esposo hasta la habitación donde le acostó, después de ayudarle a desnudarse. En seguida, en cuanto vio que Smith había cerrado los ojos, abandonó la estancia, penetró en el salón y se precipitó hacia el teléfono, cuyo micrófono cubrió con la mano para que su esposo no pudiera oírle.

Luego marcó un número.

Todas aquellas imágenes eran recibidas con nitidez por las cámaras telescópicas y el sonido gracias a las pequeñas naves voladoras que ahora giraban vertiginosamente alrededor de la canosa cabeza de la señora Smith.

—¿Es la casa del doctor Frankel? —preguntó ella una vez obtenida la comunicación.

—Sí —repuso una voz de hombre.

—¿Es usted, doctor?

—El mismo. ¿Quién me llama?

—Soy Clara Smith, doctor. ¿Me reconoce?

—Sí, señora Smith. Pero, cálmese, por favor. Y hable despacio…

—Sí, doctor. Es horrible lo que ocurre. Mi marido ha oído la televisión. Ha dicho que querían comunicarse con él. Estaban en su habitación.

—Por favor, señora Smith. Cuénteme las cosas en orden. No se

asuste. Ya sabe que estoy dispuesto a ayudarla.

—Muchas gracias. Escuche, doctor. Mi marido estaba solo en la habitación cuando, de repente, según me ha dicho, la televisión empezó a hablar. El aparato estaba desconectado, doctor. Yo misma quité el enchufe anoche, después de la emisión deportiva que vimos juntos. ¿Me oye bien?

—Muy bien, señora Smith. Siga.

—Mi marido ha dicho que alguien le habló, que alguien deseaba comunicarse con él.

—¿No le ha dado mayor explicación?

—No. Sólo me dijo que «ellos» estaban en la habitación.

Hubo un silencio.

—¿Me escucha usted, doctor? —insistió la pobre mujer.

—Sí, señora Smith. Estaba reflexionando. ¿Dónde está su marido?

—He conseguido acostarle, doctor. Pero antes se me olvidó decirle que destrozó con una silla al aparato de la televisión.

—Es una reacción natural. No se mueva de ahí, señora Smith. Voy a ir con un colega. Lo arreglaremos en seguida.

—¿Cree usted que es muy grave?

—Por el momento no puedo formular ningún pronóstico, señora. Pero no creo que sea nada grave. Conozco a su esposo y sé que siempre ha gozado de una perfecta salud mental.

—¡Ojalá no se equivoque usted!

—Hasta pronto, señora Smith.

—Adiós, doctor.

Y colgó el aparato.

Tremar se volvió hacia el profesor Ehnar:

—Creo que hemos cometido un grave error, profesor.

—En efecto, amigo mío —repuso el sabio. Por lo visto, va a ser bastante difícil establecer comunicación con los terrícolas. Aunque pienso, que no hemos elegido un elemento adecuado.

—¿Qué quiere decir? —intervine.

Se volvió hacia mí.

—Está muy claro, Uhsú. El índice de la inteligencia del señor Smith es inferior a lo que nosotros necesitamos para que el individuo receptor, el terrícola, se percate de la posibilidad de nuestra existencia. Yo creo —siguió diciendo después de una pausa

— que se impone el cambio de nuestra posición.

—¿Quiere usted decir que debemos irnos? —preguntó Tremar.

—Sí. Hay que prepararse. La llegada de ese doctor va a facilitar nuestra tarea. Es un hombre inteligente y no dudo que, una vez nos encontremos en su casa, podamos mantener comunicación con mayor facilidad que lo que hemos alcanzado hasta ahora con el pobre señor Smith.

—De acuerdo —replicó Tremar—. Voy a dar las órdenes pertinentes para que se preparen todos los aparatos y podamos trasladamos en cuanto ese médico abandone esta casa.

—Eso es —resumió el profesor.

El doctor llegó veinte minutos más tarde, acompañado por uno de sus colegas. Después de permanecer un largo rato en la habitación del señor Smith, con el que hablaron bastante rato, ambos médicos salieron a encontrarse con la señora Smith en la habitación donde nosotros habíamos preparado ya el traslado para seguir a los dos médicos.

—¿Y bien? —preguntó Clara con una voz cargada de angustia.

—Tengo malas noticias para usted, señora Smith —dijo el doctor Frankel—. Es un caso de demencia senil. Las alucinaciones han sido demasiado claras para que nos hagamos ilusiones.

—¿Entonces?

—Mi compañero, el doctor Templer, va a quedarse con usted. Yo volveré a la Clínica y enviaré una ambulancia.

—¿Se lo van a llevar?

—No hay más remedio, señora Smith. Es un caso de locura que en cualquier momento puede hacerse agresiva y peligrosa.

Ella se echó a llorar.

Pero nosotros estábamos demasiado ocupados para darnos cuenta del intenso dolor de aquella pobre mujer. Nuestros pequeños vehículos y naves de transporte se pusieron en marcha y siguiendo a gran velocidad al doctor Frankel que, una vez fuera, subió en su automóvil.

Nos posamos sobre el techo del vehículo e instantes más tarde nos movíamos sobre él hacia la clínica del hombre con el que íbamos a intentar, en un nuevo ensayo, establecer contacto para que la Humanidad tuviera conocimiento de nuestra llegada a la Tierra.

CAPÍTULO V


URANTE el trayecto en el techo del automóvil del doctor Frankel, no pudimos establecer ningún contacto con él. Cuando el vehículo se detuvo, como todos estábamos en los vehículos de transporte, pudimos seguirle gracias a nuestras pantallas de radar penetrando con él en la amplia mansión de cuatro pisos que ocupaba su clínica, en uno de los barrios extremos, pero claramente residenciales de la ciudad de Nueva York.

Como se dirigió a la biblioteca, donde se puso a consultar unos libros, pudimos instalarnos de la misma manera que lo habíamos hecho en casa del señor Smith, en la superficie pulimentada del último estante.

Mientras los equipos dedicados a la instalación trabajaban una vez más, con aquel espíritu incansable que les caracterizaba, se montaron con toda rapidez los laboratorios y departamentos con los que íbamos a proseguir los trabajos para establecer, de una forma definitiva, el contacto mental y directo con los terrícolas.

—Esta vez —afirmó el profesor Ehnar— no vamos a utilizar el televisor. Es demasiado peligroso y podríamos despertar en el doctor Frankel, ideas muy semejantes a las que por desgracia hemos producido en el señor Smith.

—Entonces, ¿qué haremos? —pregunté.

—Hay que esperar a recibir las imágenes telescópicas y fotográficas de lo que contiene esta estancia en la que nos encontramos. No debemos apresurarnos demasiado, amigo Uhsú —siguió diciendo el profesor—. Es mejor obrar con cautela. También quiero que me comuniquen si algún grupo de los que se ha posado en la Tierra ha logrado establecer contacto con los habitantes de este singular planeta.

Pero las respuestas fueron negativas.

Sólo un grupo, el número doce, que había caído en la ciudad de Moscú, pudo comunicarnos algo interesante.

—Soy Yankar —dijo la voz que vibraba en el megáfono—. Jefe de comunicaciones del grupo doce. Nos encontramos en un edificio de amplias dimensiones, en los alrededores de la ciudad de Moscú. El dueño de todo esto, según hemos deducido por las conversaciones captadas hasta ahora, se llama Alexei Kosygin y es, por lo visto, el jefe del Gobierno de este país. Hemos intentado comunicarnos con uno de sus empleados utilizando la televisión, pero, por lo que parece, hemos fracasado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el profesor.

—Algo desagradable de verdad —repuso la voz—. Lo han tomado por demente. Acaban de llevárselo hace poco después de ponerle una camisa de fuerza.

Cortamos la comunicación.

—Hay que hacer saber a todos los jefes de grupo —expuso el profesor, después de una larga pausa— que no deben utilizarse los procedimientos que, desdichadamente, han fracasado en nuestro caso y en el del grupo doce. Hemos de procurar hacer el menor daño posible a los habitantes de este planeta. Es preciso que no olvidemos que hemos venido aquí para colaborar con ellos y que nuestra llegada no es, en modo alguno, una invasión. Mientras nos mantengamos en nuestro minúsculo tamaño actual, hemos de hacer lo posible para que los humanos simpaticen con nosotros.

Aquellas palabras despertaron en mí algo que hasta entonces

había estado dormido. Y mirando con fijeza al profesor pregunté:

—¿Es que vamos a quedarnos siempre así?

Se volvió hacia mí.

—Ya te dije, antes de venir a este sistema, amigo mío, que ésa es una de las preguntas a las que no puedo contestar. Factores desconocidos y no estudiados hasta ahora me impiden resolver esa importante cuestión.

»Es muy probable que nos quedemos siempre así, como minúsculas criaturas en un mundo de supergigantes. También puede ocurrir —agregó después— que poco a poco o de pronto, volvamos a recuperar nuestro tamaño natural. En ese caso, si los humanos están preparados no ocurrirá nada.

—¿En caso contrario?

—Sería una verdadera catástrofe. Tú sabes tan bien como yo, Uhsú, el número de criaturas que hemos llegado a este planeta. En el fondo, gracias a nuestras minúsculas dimensiones, no alteramos en nada la armonía de los humanos de la Tierra. Pero, si de repente, recobráramos nuestra dimensión normal, que es semejante a la de los terrícolas, ¿te imaginas la confusión, el terror, el espanto y las dificultades que surgirían por todas partes?

—Es cierto.

—Por eso hemos de ponernos en comunicación con ellos cuanto antes. Hay que evitar, sea como sea, una sorpresa espantosa para todos. Bajo su punto de vista se verían invadidos, de pronto, por miles de millones de criaturas que surgirían por todas partes, constituyendo un problema fabuloso.

Para nosotros, la responsabilidad de hacer daño a seres semejantes causando un mal que no compensaría el haber escapado de nuestro sistema para envenenar la existencia de otros sistemas.

Mientras nosotros conversábamos, los técnicos de nuestros laboratorios habían enviado cientos y cientos de películas obtenidas con lentes telescópicas de la estancia donde poco antes había estado el doctor Frankel que, después de estudiar algunos libros, se había retirado a descansar en su dormitorio.

El estudio de todas aquellas fotografías y films se hizo a través de los computadores electrónicos que, después de cálculos rapidísimos, nos dieron la solución que tanto esperábamos.

Al leer las fichas perforadas, el profesor Ehnar sonrió.

—Creo que hemos encontrado la manera más directa y suave de comunicarnos con el doctor Frankel —comunicó.

—¿Cuál? —pregunté interesado.

—Utilizaremos esta vez, la máquina de escribir eléctrica que hay en la esquina izquierda del despacho. La pondremos en marcha y escribiremos un largo, cuidadoso y detallado mensaje para él, de manera que cuando venga de nuevo a esta habitación, pueda enterarse de manera pausada sin sustos ni voces misteriosas de lo que ocurre.

—¡Me parece magnífico!

Me miró tan sonriente como era costumbre en aquel sabio hombre.

—Y a mí también, amigo Uhsú.

* * *

Lo que sigue lo supimos después.

En este relato, en estas memorias que transcribo para toda clase de Humanidades, por si acaso volviera a ocurrir el mismo caso que a nosotros, para evitar las fatales consecuencias que sufrimos, es necesario alternar mi relato con otros en tercera persona, que puedan explicar los hechos que nosotros ignorábamos entonces y que luego, en manos del destino, se convirtieron en un instrumento potente que resolvió las cosas a su manera, independiente de nuestra voluntad.

Cuando Harry Frankel, el doctor Frankel, abandonó su despacho, no se dirigió a su habitación sino que tomó un largo pasillo que le condujo a la estancia donde su esposa y su hijo Peter se encontraban. Mientras atravesaba aquel pasillo, su frente se llenó de arrugas y sus ojos por lo común cargados de luminosidad radiante, parecieron apagarse de súbito, como si una extraña tristeza le hubiera invadido.

No era para menos. Muchas veces, los médicos han de ocuparse de los demás cuando en su propia familia existe un problema terrible, que ninguna clase de ciencia pueda resolver ni la suya propia.

Al llegar al final del pasillo, el doctor Frankel empujó la puerta con cuidado y penetró en una amplia estancia, cuyas paredes estaban repletas de dibujos, lo que indicaba que se trataba de la

habitación de un niño. Se acercó a la cuna, junto a la cual, en una butaca, estaba Mary Frankel su esposa quien volvió la cabeza al ver entrar a su marido.

Éste no dijo nada, limitándose a echar una ojeada a la pequeña criatura que yacía en el lecho.

Peter Frankel tenía ocho años. Era rubio como su madre, unos inmensos ojos azules y una piel aterciopelada y fina. Pero en su faz de niño había también una profunda huella de tristeza y miró a su padre con sus inmensos ojos abiertos, esbozando una sonrisa que llenó el corazón del médico de dolor y, al mismo tiempo, de infinita esperanza.

—¿Cómo estás, pequeño? —le preguntó procurando disimular su angustia.

—Mejor, papá —repuso el niño—. ¿Cuándo volveré a jugar con los otros?

Frankel se mordió los labios. Hacía dos años que, de repente, había estallado en aquel pequeño cuerpo una enfermedad que ninguna clase de medicamentos lograba curar hasta entonces: una leucemia. Es decir, un cáncer en la sangre, un terrible monstruo que va destruyendo los glóbulos rojos y que termina por aplastar de manera cruel y definitiva la vida que palpita en las largas y sinuosas arterias que atraviesan el cuerpo.

La leucemia.

De todas las formas de cáncer, aquélla era la más espantosa, la que menos posibilidades de cura tenía. Incluso un diagnóstico precoz, los medios que el hombre poseía eran incapaces de detener la marcha de aquella destrucción interna, salvaje y despiadada, que hacía que los rostros se llenasen de arrugas, que la piel se volviese blanquecina al principio, grisácea después, desencadenando una anemia que terminaba siempre con la muerte.

Sentándose junto al pequeño, miró por encima del lecho a su esposa.

¡Cómo había cambiado aquella mujer!

Harry tuvo que contenerse para que las lágrimas no asomasen a sus ojos. Ella no se había separado ni un solo instante del lecho de su hijo y estaba allí, testigo impotente del mal que, por dentro, iba acabando con la hermosa existencia en la que ambos habían situado, por lógica el orgullo de su mejor esperanza.

—Harry…

Él frunció el ceño.

—¿Qué hay, querida?

—¿Has recibido noticias de Europa?

El médico hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—¿Y qué? —insistió ella.

—Nada, por el momento. Todos los procedimientos utilizados con aparente éxito, no son más que patrañas de unos cuantos curanderos. Lo siento, querida…

Ella bajó la cabeza, vencida por el peso de la tragedia que gravitaba sobre su alma. Luego, suspirando, hizo un poderoso esfuerzo para ocultar al niño, que miraba alternativamente a su padre y a su madre, las lágrimas que pugnaban por salir de unos ojos que el llanto prolongado había ribeteado de rojo.

Animada levantó luego la cabeza.

—Hay que seguir escribiendo, Harry. ¿No lo piensas así?

—Sí, voy a hacerlo, dentro de un rato. Pero ahora quiero estar aquí, con vosotros.

—Como quieras.

Y entonces, el médico miró a su hijo y empezó, con voz suave, a contarle uno de aquellos cuentos que tanto gustaban a la criatura. Poco a poco, el rostro del enfermito fue cambiando de expresión. Y pareció, en cierto momento, que hasta las arrugas se borraban y la palidez se hacía menos intensa. Los ojos adquirieron un brillo luminoso y el niño, con los labios entreabiertos, siguió la narración de su padre que se animaba a medida que avanzaba la narración, poniendo en su voz toda la fuerza evocadora que tenía a su disposición para crear ante su hijo un mundo de maravilla y de fantasía en el que el pobre niño pudiera olvidar, aunque no fuera más que por breves instantes, la terrible tragedia que gravitaba sobre él.

* * *

Arrastrando los pies, el doctor Frankel avanzó de nuevo por el pasillo, camino de su despacho. El niño se había quedado dormido y junto a él su madre seguía velando, sin cansancio aparente, como un ángel. Claro que iba a escribir de nuevo a Europa, a donde fuera. En cuanto recibía la menor noticia de algún nuevo procedimiento

utilizado contra la terrible enfermedad enviaba cartas, telegrafiaba, hablaba por teléfono, removía el cielo y la tierra con el deseo de un padre, herido en lo más profundo de su alma, que no deseaba más que una cosa en la vida: salvar la vida de su hijo.

Pero todo aquello no eran más que sueños.

Conociendo el misterioso mal, el doctor Frankel se hubiera maravillado y asombrado si alguien le dijera que se había descubierto un procedimiento eficaz contra la leucemia. Y mientras caminaba por el pasillo, sus ojos acostumbrados a las observaciones microscópicos, parecían ver la sangre de su hijo; los hematíes eran destruidos por la terrible enfermedad en el mismo seno en donde se formaban, en la médula de los huesos, en los llamados «centros hematopoyéticos», allí donde la sangre se renueva y envía al torrente circulatorio, esos glóbulos rojos que son los portadores del oxígeno, base fundamental para toda la vida.

Una triste sonrisa se dibujó en sus labios.

Hubiera dado cualquier cosa, incluso su propia vida, por encontrar el medio de salvar al pequeño Peter. Pero a pesar de toda la ciencia que había aprendido, en los largos años de estudio, de los libros que había leído e investigado durante noches de insomnio se encontraba ante el terrible mal, como la criatura más ignorante, como el último de los hombres que se estremece ante un poco de fiebre, paralizado por los misterios da la naturaleza, hundido en un abismo de confusiones, pobre criatura humana que se estremece de horror ante el destino que su propia existencia le ha deparado.

Abrió la puerta del despacho y se dirigió hacia la mesa, tomó un cigarrillo que encendió. Luego, sintiendo que su ánimo vacilaba, fue hacia el bar y se sirvió un doble *whisky* esperando sin mucha convicción que el alcohol, que iba tomando cada vez en mayor cantidad, pudiera resolver su problema espiritual que tanto le dolía en los más íntimos rincones de su alma.

Luego fue hacia la máquina de escribir.

Quitó la funda y se sentó ante su utensilio de trabajo, con los ojos semicerrados sin darse cuenta de la hoja que salía del carro y que estaba escrita a un solo espacio en toda su extensión.

Cuando la vio, de repente, frunció el ceño. Luego, al empezar a leer separó la vista del papel y miró a su alrededor, como si examinara su despacho, como si aquella estancia hubiera adquirido,

de pronto, un aspecto nuevo, desconocido, inusitado para él…

Volvió a leer.

El mensaje que le habíamos enviado nosotros había sido escrito con precisión, con claridad, sin concesiones. Estaba dirigido a un hombre inteligente, capaz de comprender o de intentarlo por completo los problemas más arduos que puedan presentarse a la mente humana. Y aunque se puso un poco nervioso, como lo demostraron las imágenes transmitidas por las lentes telescópicas, siguió fumando, bebiendo, leyendo y releyendo el mensaje, hasta que una sonrisa apareció en su rostro. Él sabía muy bien que nadie había penetrado en aquel despacho y que sus empleados estaban en los pisos superiores, en la parte activa de la clínica. Por otra parte, comprobó que la máquina estaba desenchufada y que, por lo tanto, como nosotros le explicábamos en las líneas escritas, habíamos utilizado procedimientos de inducción para hacer marchar los delicados mecanismos de la máquina de escribir eléctrica.

Nosotros estábamos tan pendientes y nerviosos como él de su propia actitud. Y como al final del mensaje le rogábamos, caso de que nos creyera, escribiese la contestación en otra hoja, casi saltamos de alegría cuando las imágenes de los proyectores de las lentes telescópicas nos hicieron ver que el doctor Frankel había quitado la hoja de papel, escrita por nosotros, para colocar otra, tras enchufar la máquina y sus dedos corrían ágilmente sobre las teclas de color gris perla.

¡Habíamos triunfado!

Dentro de poco tendríamos la respuesta del doctor Frankel. Y si éste creía en nosotros, si tenía la suficiente fuerza de voluntad para establecer contacto con nuestro pueblo, habríamos resuelto la cuestión más difícil desde nuestra llegada a la Tierra y podíamos, casi de inmediato, establecer comunicación con los terrícolas y crear junto a ellos un mundo mejor.

CAPÍTULO VI



STÁBAMOS tensos, impacientes, esperando la respuesta del doctor Frankel. Las cámaras telescópicas enfocaban, una desde lo alto de la biblioteca, las otras desde los vehículos que se movían veloces alrededor del médico, transmitiéndonos las imágenes concretas de su rostro, de su expresión, notando con satisfacción que una agradable sonrisa había surgido en sus labios.

Luego se puso a escribir.

Casi de inmediato, las imágenes nos enviaron el enfoque preciso de las letras que iban apareciendo sobre el papel. Con plena satisfacción, pudimos leer aquella nota:

«Quiero comunicarme con ustedes. Lo considero mucho más fácil y más rápido que utilicen el procedimiento de la televisión que han llevado a cabo como ustedes mismos me cuentan en la casa del señor Smith. Si contestan positivamente, pueden hacerlo en esta misma página…».

De inmediato, el profesor Ehnar ordenó que se enviara el

mensaje y las teclas funcionaron, por teleimpulsos a distancia escribiendo lo que iba diciendo nuestro hombre de ciencia.

«Estamos de acuerdo, doctor Frankel. Pero le rogamos que comunique a la señora Smith que su esposo no padece ninguna enfermedad. ¿Lo hará?».

El médico escribió entonces:

«Ahora mismo».

Pero antes de ir al teléfono, enchufó el televisor, de modo a facilitarnos la labor. Luego telefoneó, comunicando a la señora Smith que el diagnóstico había sido erróneo y que, después de un detenido estudio, estaba convencido de que el señor Oswald Smith se encontraba en posesión de su integridad mental.

No pasaron muchos minutos antes de que empezáramos a hablar con él, a través del enorme televisor que había en uno de los rincones del despacho.

—¿De dónde vienen? —nos preguntó.

—De muy lejos, doctor —repuso el profesor—. Nuestra doble estrella, llamada por nosotros Akuris, estaba en fase de extinción por un proceso de autodestrucción acelerada de tipo atómico. Tuvimos que abandonar nuestro sistema de planetas y utilizamos la luz como vehículo. Esto produjo, como es natural, una reducción completa en nuestro tamaño que, en el presente, hablando en el lenguaje de ustedes, alcanza apenas las siete micras.

—¡Es fabuloso!

—Por fortuna —siguió explicando Ehnar—, seguimos manteniéndonos en ese tamaño microscópico. Y como la transformación del tamaño natural puede producirse de un momento a otro, tenemos interés en comunicarnos con la Humanidad y hacer saber a sus Autoridades que no venimos en son de guerra, y que no somos invasores de clase alguna. Queremos ser amigos de los hombres y trabajar junto a ellos para forjar una civilización que nos procure el bien que todos merecemos.

—¿Dónde se encuentran ustedes ahora?

—Encima de su biblioteca, en el último estante a la derecha. Ocupamos, en total, una porción de terreno que no excede a los tres centímetros; a simple vista, como usted puede imaginarse, no somos visibles.

—Perfecto. ¿Poseen ustedes medios de transporte?

—Sí. En estos instantes, doctor Frankel, más de un centenar de vehículos aéreos están girando alrededor de su cuerpo y enfocándole con cámaras telescópicas que nos transmiten una imagen parcial de su cuerpo.

—Entendido. Y ahora, por favor, sea quien sea el que me escuche, deseo confesarle una cosa.

—Diga.

—En cuanto leí su largo y concreto mensaje —confesó el doctor —, una idea ha surgido en mi mente. No lejos de aquí, en una habitación al final del pasillo, se encuentran mi hijo Peter. Está muy enfermo. Padece lo que en Medicina se conoce con el nombre de peoprasma de los centros hematopoyéticos; es decir: una leucemia. ¿Han oído hablar de ello?

—No. Hace muchísimos cientos de años que nosotros suprimimos todas las enfermedades de nuestro sistema.

—De todas formas, voy a explicarles en qué consiste. ¿Puedo saber con quién hablo?

—Sí, doctor. Soy el profesor Ehnar, de la Universidad Central de nuestro sistema. Me ocupo en la Física…

—¿No hay ningún biólogo entre ustedes?

—Más de doscientos, doctor. Espere un momento, voy a llamar al profesor Danks.

—De acuerdo.

Instantes más tarde, uno de nuestros más ilustres biólogos estaba en comunicación directa con el doctor Frankel. Ambos hablaron, durante una larga hora cambiando términos científicos que yo no comprendía en absoluto. El doctor Frankel explicaba a Danks las características especiales de la enfermedad que padecía su pobre hijo. Luego, cuando terminó su relato, yo, que estaba al lado del biólogo, vi que éste sonreía.

—He entendido sin duda alguna sus propósitos, doctor Frankel. Le felicito. Ha tenido usted una magnífica idea.

—¿Creen que podrán hacer algo?

—Vamos a intentarlo, doctor. Por lo que usted me ha dicho, esa enfermedad se caracteriza por el crecimiento de unas células anormales de tipo embrionario que destruyen los glóbulos rojos.

—En efecto.

—Voy a enviar un centenar de naves, con hombres dotados de

armas capaces de destruir, en el interior del organismo de su hijo, esas células malignas.

—Nunca podré pagarles ese favor.

—No tiene importancia, doctor. Ahora, mientras usted sigue conversando de otros asuntos importantes con el profesor Ehnar, yo me ocuparé en persona de esa expedición.

—Muchas gracias.

Cuando Danks se separó del micrófono, me acerqué a él decidido.

—Profesor…

—¿Qué hay, Uhsú?

—Daría cualquier cosa por formar parte de esa expedición —dije.

Él me sonrió.

—¿Y por qué no? —repuso—. Venga conmigo, muchacho. Le daré un rifle automático de destrucción atómica y trabajaremos juntos en el interior de esa pobre criatura.

Me volví un momento hacia mi esposa, a la que besé en los labios.

Luego le dije:

—Regresaré en seguida, querida.

—Ten mucho cuidado —me aconsejó.

—No temas. Venceremos.

—Ojalá sea cierto.

* * *

Cien naves se prepararon casi al instante y momentos después despegaban de la superficie de la biblioteca, siguiendo las indicaciones que el doctor Frankel nos había dado. Para eso abrió la puerta permitiéndonos penetrar en el pasillo y luego, por debajo de la puerta de la habitación de la esposa, a la que él no quiso decir nada para no aumentar sus temores, penetramos en la estancia donde yacía el pobre Peter.

Gracias a nuestras cámaras telescópicas, que nos proporcionaron imágenes concretas del cuerpo del niño, pudimos optar, finalmente, por penetrar por la boca del pequeño, utilizando entonces todos nuestros procedimientos de radar para orientarnos, guiados siempre por el profundo conocimiento de la anatomía del cuerpo humano

que poseía el profesor Danks.

Fue un viaje maravilloso.

Evitando las menores destrucciones que nuestras naves pudieran producir en el organismo del niño, atravesamos la faringe y nos lanzamos por el esófago, manteniéndonos a distancia de sus paredes para que nuestras toberas, que proyectaban una larga cola de fuego no produjesen el menor dolor al pequeño Peter.

Una vez en el estómago, pasamos el píloro y ya en pleno intestino delgado, utilizamos la fuerza de nuestras astronaves para atravesar a toda velocidad las finas paredes de aquella porción del cuerpo de la criatura.

No nos fue nada difícil, después de algunos cálculos que Danks realizó en su propia nave, encontrar en anchuroso curso de la aorta. Para eso tuvimos que atravesar otra vez el diafragma, despreciando la vena cava y eligiendo, como dijo nuestro biólogo, el camino más recto y rápido para llegar al fondo de la médula ósea donde las gigantescas células cancerosas estaban llevando a cabo su macabra labor.

Todos nuestros hombres estaban dotados de armas de destrucción atómica.

Cuando, por último, llegamos a una de las médulas de los huesos para ser más exactos al húmero del brazo izquierdo, nos encontramos en el curso de las arterias que nos condujeron hasta allí, restos de glóbulos rojos destrozados, comidos en parte por la voracidad espantosa de las células que producían la leucemia. ¡Era realmente espantoso!

Una vez ante ellas, cuando las cámaras con iluminación ultrarroja nos proporcionaron las primeras imágenes no pudimos contener un estremecimiento de horror, ya que ningún astronauta, ninguna de las aventuras relatadas en cualquier libro, ha visto nada más espantoso, más horrible y grandioso a la vez que aquellas células que se reproducían a gigantesca velocidad devorando todo a cuanto encontraba a su alrededor.

Abandonando la nave, formamos varios equipos y empezamos a disparar contra los monstruos cancerosos. Nuestras balas poseían una energía atómica tan intensa que las células gigantescas se desintegraban como por ensalmo cuando recibían en su seno nuestros proyectiles. Fue una labor ardua, pesadísima, ya que

abundaban en todos los rincones de la médula ósea de aquel pobre niño. Pero incansables, recordando el dolor del padre, imaginándonos el beneficio que podíamos causar a la Humanidad, proseguimos la destrucción de aquellas criaturas extrañas y, seis horas más tarde, exhaustos, pero satisfechos abandonamos el cuerpo del niño con la seguridad absoluta, debida a los cálculos de uno de nuestros computadores electrónicos, de que habíamos suprimido de manera definitiva aquella sucia y horripilante enfermedad.

Cuando regresamos al despacho, posando nuestras astronaves en la superficie pulimentada del último estante de la biblioteca del doctor Frankel, éste escuchaba las explicaciones que seguía dándole nuestro profesor Ehnar.

Al vernos, el hombre de ciencia frunció el ceño, pero sonrió al ver la expresión de triunfo que podía ver, con toda claridad, en nuestros rostros.

—¿Cómo ha resultado? —preguntó a Danks.

—Magnífico, querido colega. Ha sido un triunfo completo. ¿Me deja que lo comunique yo mismo al padre?

—Con mucho gusto —le dijo el otro tendiéndole el micrófono.

El espectáculo que nos transmitieron las cámaras telescópicas, era, sencillamente, inenarrable.

Abandonando la silla de su despacho, Frankel corrió como un loco a la habitación de su esposa. No sabemos lo que ocurrió allí, pero era fácil imaginárselo. Luego volvió con el niño en los brazos, su mujer a su lado. Estaba tan contento que ella se asustó, sobre todo cuando empezó a contarle la maravillosa aventura que le había ocurrido.

Vimos que la mujer miraba con los ojos asustados hacia la biblioteca y comprendimos que tenía miedo de que su esposo hubiera perdido la razón. Pero, entonces, el profesor Ehnar envió su voz melodiosa y dulce y habló con aquella infortunada madre para llevar a su corazón aquel mensaje de paz que tanto necesitaba.

—Perdónenos, señora Frankel. Somos invisibles, es cierto, pero puede usted tener la completa seguridad de que su hijo Peter está curado. No importan los procedimientos. Sería demasiado complicado para que usted los entendiese. Pero a su esposo no le ha dicho más que la verdad y nosotros estamos más que satisfechos de ver que esa hermosa criatura ya no tiene que temer nada en

absoluto.

Lágrimas de agradecimiento aparecieron en el hermoso rostro de la señora Frankel.

Entonces, el doctor dijo:

—Nunca olvidaré lo que han hecho con Peter. Al mismo tiempo, han abierto el camino de la salvación para cientos de miles de niños que padecen ese mismo mal. ¿Se da cuenta?

—Estamos a su disposición, doctor —replicó el profesor.

—Muchas gracias. Muchas gracias en nombre de mi hijo y en nombre de todos los niños que padecen leucemia. Ahora, si me lo permiten, voy a descansar.

—Seguiremos hablando mañana, doctor —le dijo Ehnar—. No olvide que ha de comunicar nuestra existencia a sus superiores, a su gobierno.

—Mañana lo haré.

—Está bien, gracias.

—Gracias a ustedes.

Salieron de la habitación.

Aquella noche fue una de las más gloriosas para nuestra colonia expedicionaria. Estábamos contentos, satisfechos, sonriéndonos los unos a los otros, pensando que habíamos hecho algo que iba a constituir el primer paso en la comunicación entre nuestra raza y los terrícolas.

Cuando ambos pueblos, ambas Humanidades, trabajasen de mutuo acuerdo, lograríamos algo verdaderamente formidable.

Por desgracia…

Pero ¿quién podía saberlo en aquellos momentos?

A pesar de nuestra inteligencia, de las poderosas y perfectas máquinas que habíamos traído de nuestro sistema, éramos incapaces, como lo será el hombre de cualquier mundo, de penetrar en los rincones más íntimos de la mente de otro ser semejante. ¡Ay, si hubiéramos sabido entonces la verdad!

Pero era imposible.

Para nosotros, en nuestra supercivilización, el dinero había desaparecido hacía muchísimo tiempo. Fue en el justo momento en el que destruimos ese falso ídolo cuando nuestros pueblos empezaron a respirar en verdadera libertad. Nosotros no nos habíamos percatado del modo de existencia de los seres humanos,

ni sus complicadas ambiciones, la influencia fatídica que sobre ellos influía el ansia de riquezas.

¡Si hubiésemos sabido!

Pero estábamos tan contentos, tan íntimamente satisfechos de haber salvado al pequeño Peter, que aquella noche apenas dormimos.

CAPÍTULO VII



E lo que sigue, nos enteramos mucho más tarde.

En este relato, es natural que me vea obligado a intercalar descripciones de las que no fui informado hasta pasado algún tiempo. Pero para los que han de leer estas curiosas memorias, es forzoso y necesario que no pierda ni un solo momento la hilación de los hechos.

Así, paso a describir, lo que en realidad sucedió cuando el doctor Frankel abandonó el despacho llevando en sus brazos a Peter y seguido por la emocionada señora Frankel.

Mientras recorría el pasillo que iba a conducirle a su estancia, Harry Frankel tuvo de repente una idea que le pareció la mejor que había surgido en su mente en toda su vida. Fue tan grandiosa que, por el momento, le sobrecogió; luego, mientras dejaba al niño en la cuna, se volvió hacia su esposa, como si quisiera decirle algo, pero acabó mordiéndose los labios, besándola y abandonando la habitación.

Estaba decidido.

Con paso cauteloso, como si nosotros pudiéramos oírle, se dirigió hacia la parte trasera del edificio donde se encontraba el laboratorio anejo a la clínica. A aquellas horas de la noche, todo estaba silencioso y desierto.

Frankel sabía perfectamente que los internos que trabajaban a sus órdenes se encontraban en los pisos superiores y que, por lo tanto, podría trabajar con una seguridad absoluta en el minúsculo laboratorio al que, en realidad, no entraba con demasiada frecuencia.

Pero Frankel era un hombre inteligente.

Además de su especialidad, la Medicina general y la Psiquiatría, que cultivaba con verdadero éxito, había hecho estudios de Microbiología y cuando estuvo en el laboratorio se dirigió sin vacilar hacia el sitio donde se encontraban algunos productos capaces de combatir a los microbios y a las toxinas generadas por éstos, creando una atmósfera irrespirable para las pequeñas vidas. Eran, lo que en general se llaman antisépticos. Pero de una concentración superior a los comúnmente usados en las clínicas y en los hospitales.

Apoderándose de un pedazo de papel de filtro, cogió uno de los frascos y luego abandonó el laboratorio dirigiéndose hacia el despacho. Antes de entrar, vertió una parte del contenido del frasco en el papel de filtro que con su característica absorbente, quedó empapado enseguida de aquella sustancia microbicida.

De todos modos, el médico esperó a que el papel dejase de gotear por el exceso de líquido que había puesto.

Luego penetró en el despacho.

Con paso cauteloso, caminando de puntillas sobre la espesa alfombra que cubría el suelo, se acercó a la biblioteca y miró hacia la estantería en la que suponía nuestra existencia, con una mirada de temor, ya que como hombre precavido, sabía a la perfección que no le habíamos mentido y que poseíamos medios poderosos para detectar su presencia e incluso para poder verle en la oscuridad, ya que nuestras pantallas de radar hubieran reflejado la posibilidad de su imagen en cualquier momento.

Pero ya le he dicho antes que el doctor Frankel era un hombre verdaderamente inteligente.

Colocándose junto a la biblioteca, en un ángulo muerto perfecto, empujó con suavidad una de las banquetas y se subió a ella, colocando de golpe el papel de filtro sobre la zona en la que nosotros le habíamos señalado nuestra instalación.

Él sabía, sin ningún género de dudas que aquel papel empapado en la sustancia fuertemente microbicida iba a impedirnos, al menos por el momento, el separarnos de la superficie de la estantería.

Y no se equivocaba.

Con una sonrisa de triunfo en los labios, abandonó rápido el despacho y pasó a una pequeña habitación junto al garaje donde guardaba sus herramientas.

Apoderándose de una fina sierra, volvió al despacho y subióse ahora sin vacilar sobre la escalera que utilizaba para coger los filtros de los estantes superiores de su librería, aserró, con una precisión perfecta un pedazo de madera, el que cubría el papel de filtro.

Con él en la mano, manejándolo con el mismo cuidado que si se hubiera tratado de una carga de nitroglicerina, el doctor Frankel abandonó luego el despacho y se dirigió con rapidez al laboratorio. Una vez allí, colocó el trozo de madera sobre una de las mesas de experimentación, cubriéndolo inmediatamente con una doble campana de cristal, entre cuyas paredes, herméticamente cerradas por la parte inferior, se movía una corriente de ácido nítrico, concentración máxima, que constituiría para nosotros una especie de barrera infranqueable, algo así como para los hombres un muro de muchísimos kilómetros de espesor, separado de otro muro igual por un abismo insondable cuyas aguas eran de ácido nítrico.

La campana tenía otros dispositivos de comunicación entre su parte interna y externa, en forma de tubos de cristal que atravesaban su doble pared.

Frankel cerró todas las salidas y luego, con una sonrisa mefistofélica en los labios, abandonó el laboratorio y se dirigió hacia la habitación donde estaban su esposa y su hijo Peter.

Al verle llegar, la mujer levantó la cabeza y se llevó la mano derecha a los labios colocando el índice sobre la boca para reclamar silencio.

—Se ha dormido, Harry.

Él hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y luego dijo en

voz baja:

—Ven conmigo, amor mío. Vamos al despacho.

Ella le siguió.

Una vez en el despacho, Frankel hizo que su esposa se acomodase en uno de los amplios sillones y luego se sentó frente a ella, no sin servirse un vaso de *whisky* que se llevó a los labios, bebiéndolo poco a poco, no como hacía antes, cuando intentaba olvidar, por cualquier medio, el dolor que le causaba la terrible afección que padecía Peter.

—Encuentro al niño mucho más tranquilo —dijo ella después de un silencio.

—Es natural —repuso el médico—. Peter está curado.

—¿Lo crees así?

—Sí.

—Tengo miedo, Harry.

Él frunció el ceño.

—¿De qué? —se extrañó.

—De todas las cosas que están ocurriendo aquí. Esas voces…

—No te preocupes, mujer. Además, quiero hablar contigo, un buen rato.

—Te escucho.

—Si todo sale bien —dijo él— voy a convertirme en el hombre más poderoso de la Tierra, en el más famoso de todos cuantos hayan existido hasta ahora.

—¿Y eso por qué?

—Escucha: vamos a esperar unos días para ver si la curación de Peter ha sido completa. En ese caso, como espero que ocurra, comunicaré al mundo que he descubierto el procedimiento infalible de curar la leucemia. ¿Te das cuenta de la importancia de ese hecho?

—Pero ¿es cierto que lo has descubierto?

—En cierto modo, sí. Voy a explicarte ahora, amor mío, lo que ha sucedido en realidad. Luego me darás tu opinión.

Habló durante largo rato contestando a las preguntas que ella iba formulándole de vez en cuando. Cuando leyó el asombro que aparecía en el rostro de su esposa no pudo por menos de sonreír.

—¿No es maravilloso? —le preguntó una vez terminó su relato.

Ella estaba más aterrada que asombrada.

—Pero tú no puedes hacer eso, Harry. Si ellos han curado a Peter, ¿por qué haberles encerrado en el laboratorio?

—Porque en el fondo, lo queramos o no, querida, constituyen un grave peligro para la humanidad. Son demasiado poderosos para dejarlos en libertad.

—Pero tú mismo me has hablado de otros grupos que hay repartidos por todo el mundo.

—Es cierto. Y también me ocuparé de eso; sin duda alguna.

—¿Cómo?

—Ya lo verás. Ahora vamos a dormir. Echaré una ojeada a la campana de cristal bajo la que están encerrados y luego descansaré. No digas nada a nadie de lo que aquí ha sucedido. Dentro de unos días, cuando Peter se haya recuperado por completo, cuando tenga la absoluta seguridad de su curación, vendrás conmigo al laboratorio y verás lo que hago.

Ella le miró un tanto intimidada.

Siempre le había considerado superior a ella, muy inteligente, hundido en problemas que la mujer ni siquiera podía imaginarse; pero ahora, después de haberle oído hablar, le tenía miedo por primera vez; algo así como si acabara de descubrir en él un nuevo aspecto de su personalidad que hasta entonces no hubiera conocido.

* * *

La primera noticia de la catástrofe me llegó al despertar. Había pasado una noche bastante quieta charlando con Rhama, hablando de aquel niño y de las formidables posibilidades que teníamos de hacer un constante bien los habitantes de la Tierra, ganándonos así su amistad y su confianza. Pero al despertar, como dije antes, en cuanto abandoné el receptáculo que nos servía de domicilio, encontré a Tremar, a nuestro jefe de Comunicaciones, cuyo rostro alterado no dejó de inquietarme.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Una verdadera catástrofe —repuso él—. Cinco de nuestras naves han aterrizado forzadas llevando en el interior los cadáveres de sus tripulantes.

—¿Nos han atacado? —le pregunté sin saber a ciencia cierta lo que decía.

—No —repuso Tremar—. Es algo peor, amigo mío. El doctor

Frankel nos ha engañado.

—¿Eh?

—Lo que oyes. Ha colocado sobre nuestra colonia una sustancia mortífera y luego, según sabemos ahora, gracias al radar perforante, estamos encerrados bajo una especie de campana de una sustancia durísima que no podemos atravesar. Por otro lado, el espectroscopio nos ha comunicado sin lugar a dudas que detrás de esa especie de firmamento sólido se encuentra una sustancia tóxica que hemos llegado a determinar.

—¿De qué se trata?

—De ácido nítrico.

Todavía no le entendía del todo y hubo de repetirme algunas cosas. Me sentí de piedra. No comprendía, por más esfuerzos que hacía, el cambio brusco en la actitud del doctor Frankel. Después de haber salvado la vida de su hijo, ¿qué intentaba hacer al encerramos bajo aquella campánula, exponiéndonos al peligro que había causado ya la muerte de algunos de los nuestros?

Se lo dije a Tremar, quien movió la cabeza dubitativamente de un lado para otro.

—Tampoco lo entiendo yo —repuso—. Ahora mismo iba a ver al profesor Ehnar. ¿Me acompañas?

—Con mucho gusto.

Ehnar nos recibió en su habitación-laboratorio, donde estaba trabajando. Cuando Tremar le explicó lo ocurrido, el sabio frunció el ceño y una sonrisa de tristeza entreabrió ligeramente sus labios.

—Hemos cometido un nuevo error —dijo—. Y es natural que así sucediera…

—¿Usted cree? —le preguntó nuestro jefe de Comunicaciones.

—Desde luego. Los habitantes de este planeta son mucho más complejos y primitivos de lo que en un principio creíamos. Nosotros, estúpidos, hemos establecido contacto con ellos sin preocuparnos de analizar con mayor profundidad su estructura psicológica.

—¿Qué cree usted que intenta el doctor Frankel? —le pregunté.

—No lo sé, Uhsú. Pero no creo que tardemos mucho tiempo en saberlo.

—¿Dice usted que la reacción de esa criatura era natural? —inquirió Tremar.

—En cierto modo, sí. A pesar de su inteligencia, nuestra presencia ha debido sorprenderle. Es un hecho extraordinario el que le hemos presentado de repente poniéndole en contacto con una realidad que hubiera hecho vacilar inteligencias tan poderosas como la suya. Su reacción fue demasiado normal, quizás empujada por la idea que surgió en su mente de utilizarnos para curar la enfermedad de su hijo. Pero después, ¿qué ha podido suceder en su cerebro? Me gustaría saberlo, de veras. Aunque —y la sonrisa, incluso siendo triste, se acentuó aún más en sus labios—, no tardaremos mucho en conocer las verdaderas intenciones del doctor Frankel.

Y no se equivocaba.

* * *

Habían pasado tres días.

Peter, como un resucitado, abandonó su lecho y empezó a andar y moverse con una libertad de movimientos que demostraban su completa curación. La esposa de Frankel estaba loca de alegría; pero el doctor, más reflexivo y consciente, seguía su idea y aunque manifestó su alegría por la curación del pequeño Peter, enfocó aquel asunto de una forma especial, visitando el laboratorio con frecuencia y observando gracias a las comunicaciones que existían entre el interior y el exterior de la campana que la riqueza de oxígeno iba disminuyendo a gran velocidad y que por lo tanto nuestra colonia iba a escasear de aquel preciso elemento sin tardar mucho.

Una vez convencido de que habíamos destruido las células cancerosas en el interior del cuerpo de su hijo Peter, Frankel obró en consecuencia y estableció, con muchísimo cuidado, un pequeño sistema de comunicación, micrófono y pilas, haciendo entrar el todo por una de las aberturas que comunicaba el interior de la campana con el exterior. Trabajó arduamente, sin cansancio, con una luz de entusiasmo en los ojos.

Una vez hubo concluido su trabajo, tapó con cuidado los alrededores del tubo que había introducido en el interior de la campana, empapando aquella especie de tapón con el líquido microbicida. Lo que deseaba, por lo visto, es que ninguno de nosotros pudiera abandonar aquel receptáculo que el doctor Frankel

había convertido, sin más ni más, en una gigantesca prisión.

Luego nos envió el primer mensaje.

Yo estaba, como de costumbre, junto a Tremar y al profesor Danks, el biólogo, al que había afectado mucho la inhumana reacción del doctor Frankel. Estábamos, como digo, en una de las salas de comunicaciones, hondamente preocupados, ya que nuestros detectores químicos habían observado una disminución de oxígeno que empezaba a convertir nuestra respiración en algo fatigoso y que se realizaba con gran dificultad.

Cuando Tremar vio encenderse la minúscula luz que anunciaba una llegada de ondas sonoras a los aparatos receptores, se precipitó hacia uno de ellos y poco después llegaba hasta nosotros la voz áspera y ruda del doctor Frankel, amplificada gracias a nuestros aparatos y que resonaba de manera extraña, quizá por reproducirse con ecos diversos en el interior de la campánula de cristal.

—¡Atención! —gritó la voz del médico—. Les habla el doctor Frankel. Creo que ya habrán notado ustedes la disminución de oxígeno y casi estoy seguro de que han descubierto que están encerrados debajo de una campánula de doble pared, con un grueso espesor de ácido nítrico entre ambos muros. Pero esto no quiere decir que les desee ningún mal. Bien al contrario. Lo que quiero es llegar a un acuerdo con ustedes. Si lo aceptan todo irá bien. Pero, en caso de que se nieguen a obedecerme, cerraré para siempre todas las entradas de la campánula y no tardarán ni veinticuatro horas en morir asfixiados.

—¿Y qué es lo que quiere? —le preguntó Tremar.

—Muy sencillo —repuso el médico—. Lo primero es que llamen a las demás colonias para que se trasladen aquí. Quiero tenerlas todas bajo mi control. Yo les prometo que no les haré nada si cumplen mis instrucciones al pie de la letra.

—¿Y cuáles son esas instrucciones? —volvió a preguntar Tremar.

—Obedecerme y llevar a cabo la destrucción de las células cancerosas, como han hecho en el cuerpo de mi hijo. Quiero curar a muchísimos otros niños afectados de leucemia. ¿Me entienden ahora?

Tremar se volvió hacia el profesor Danks. La expresión en el rostro del sabio había cambiado por completo y ahora enarbolaba

una sonrisa llena de amabilidad y de comprensión.

—Déjeme hablar a mí —pidió.

Tremar obedeció cediéndole el micrófono.

—Soy el profesor Danks —dijo al biólogo—. ¿Me oye usted, doctor Frankel?

—Sí —repuso el terrícola.

—De acuerdo. Estábamos por completo de acuerdo con lo que usted dice. Comprendemos perfectamente que es necesario que demostremos a ustedes, los humanos, nuestras buenas intenciones. Vamos a proceder a realizar una llamada a las otras colonias dispersas en la tierra. Luego nos dedicaremos, en particular, a destruir las células cancerosas de esos niños, tal y como usted desea. ¿Está contento?

—Muchísimo. ¿Cómo conoceré la llegada de las otras colonias?

—Se lo diremos en tiempo oportuno. Pero, por ahora, necesitamos una mayor cantidad de oxígeno. La atmósfera se está convirtiendo en algo irrespirable.

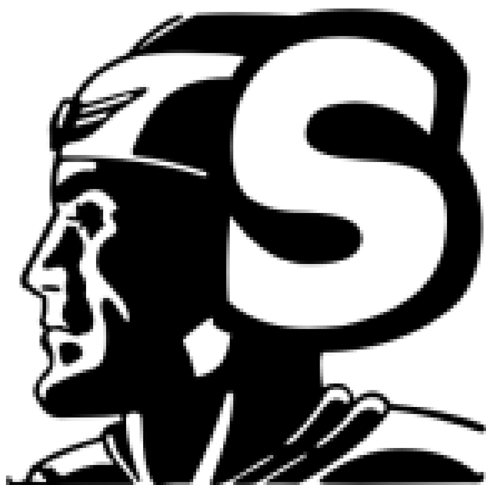
—Está bien. Haré entrar oxígeno en gran cantidad dentro de la campánula. ¿Cuándo volveremos a hablar?

—Dentro de doce horas.

—De acuerdo.

Y cortó la comunicación.

CAPÍTULO VIII



E celebró una larga, larguísima reunión en el seno de nuestra colonia.

Todos los hombres de ciencia, profesores de todas las ramas, especialistas de todas las técnicas estaban allí presentes para discutir las condiciones que el doctor Frankel nos había impuesto.

La moción presentada por el profesor Danks fue aprobada casi por completa unanimidad. Sólo algunos, muy pocos, intentaron poner el veto manifestando una desconfianza completa hacia los propósitos del terrícola. Pero la voz del profesor Danks resonó de nuevo con aquel tono de bondad que jamás le abandonaba.

—No tenemos derecho —afirmó— a juzgar mal a estas criaturas a cuyo mundo hemos llegado de manera tan fantástica. Si volvemos la oración en pasiva, podríamos preguntarnos lo siguiente: ¿Qué hubiéramos hecho en el caso de que una gran masa de habitantes de otro mundo llegase al nuestro, en forma de pequeños microorganismos, sin que nosotros supiéramos su importancia, la

cantidad de sus colonias, y muchísimo menos sus intenciones?

Hizo una pausa, diciendo luego:

—Nuestro deber es demostrar a los terrícolas la bondad de nuestras intenciones. No hemos venido a la Tierra para hacer la guerra, ni para invadir este hermoso mundo que, después de todo, puede prestarnos el cobijo necesario para que nuestra civilización no se pierda. Durante cientos de años, hemos viajado por el Espacio hasta llegar aquí. Y debemos mostrarnos contentos con la suerte que nos ha traído a un mundo cuyas condiciones físicas son muy semejantes a aquellos hermosos planetas nuestros que tuvimos que abandonar. Ya sé, como han dicho algunos de los asistentes que todavía somos lo bastante fuertes para escapar a la amenaza, si puede llamarse así al derecho de autodefensa que ha llevado a cabo el doctor Frankel.

Hubo algunas voces de protesta, que el presidente, el profesor Ehnar, acalló de manera tajante.

—Siga usted, Danks —dijo.

—Si demostramos a los terrícolas que estamos de su parte, dispuestos a ayudarles en lo que sea y salvamos a sus hijos, si destruimos los gérmenes que ahora les hacen padecer terribles y complejas enfermedades, ¿cuál será el resultado?

»Es evidente —prosiguió diciendo después de una corta pausa— que ellos se mostrarán agradecidos por todo cuanto hagamos. Y entonces, sólo entonces, llegará el momento de exponerles nuestros deseos, de que sean ellos quienes nos ayuden a salir de esta situación y que nos proporcionen los medios de vida, en cualquier lugar de la Tierra, para que podamos ponernos a estudiar el procedimiento que ha de devolvernos nuestras dimensiones de antes.

»Porque eso es lo importante, amigos míos. Mientras sigamos siendo tan pequeños como somos ahora, estaremos, en cualquier mundo, expuestos a fuerzas a las que no estamos acostumbrados a combatir. Cada criatura, en el Universo, posee la dimensión exacta para su adaptación al mismo. Porque todos sabemos que los peligros cósmicos, los de la circunstancia que rodean a cada criatura, están hechos a la medida justa de su dimensión, de tal manera que aumentada o disminuida ésta, varía rápidamente y de manera brusca los valores hasta entonces conocidos, situando al ser

frente a unos peligros para los que no ha sido preparado».

Hizo una pausa.

—Yo propongo —terminó diciendo— que sigamos las instrucciones del doctor Frankel. Llamando a las otras colonias aquí, conseguiremos reunimos con el resto de nuestro pueblo, cosa que todos deseamos en el fondo. Poco importa que un terrícola nos mantenga bajo la amenaza constante de suprimir el oxígeno. Yo sé que en el fondo nunca lo hará. Porque él desea, más que nosotros, que intervengamos en la cura de esos pobres niños y no puedo considerar al doctor Frankel como un monstruo capaz de suprimirnos sabiendo toda la ayuda maravillosa que podemos prestar a la Humanidad que habita este planeta.

Se realizó una nueva votación, cuya unanimidad fue completa.

Cuando el doctor Frankel se puso en comunicación con nosotros, el profesor Danks le dijo cuál era nuestra posición y el terrícola pareció alegrarse con franqueza. A partir de aquel momento, nuestros técnicos de comunicación enviaron mensajes tras mensaje a través de todo el planeta descubriéndose entonces que, después del larguísimo viaje a través del Espacio, sólo cuatro grupos de los veintidós habían conseguido llegar a la Tierra.

Aquello nos apenó mucho.

¿Qué habría sido de los otros millones de seres que habían salido de nuestro sistema utilizando la luz como medio de transporte?

Al conocer la noticia, el profesor Ehnar bajó la cabeza.

—Es triste —dijo—, pero también contábamos con ello. Si la luz no se desviase al pasar junto a una masa de cierto tamaño, como demuestran las leyes físicas, todos hubiéramos llegado matemáticamente a este planeta. Algunos de los rayos que transportaban a otros grupos han debido ser desviados y seguro que han caído lejos, muy lejos de aquí.

No pude por menos de estremecerme.

—¿Y a dónde habrán ido a parar? —le pregusté.

—No lo sé —repuso—. De todos modos, si han tenido un poco de suerte, estarán en otros planetas, quizás habitado como éste, desarrollando la misma política que nosotros. Con los otros grupos, con los que faltan, han ido profesores y técnicos, así como material en cantidad suficiente para que puedan defenderse hasta conseguir

entrar en contacto con las criaturas que habiten los mundos a los que hayan llegado.

Gracias a nuestras velocísimas astronaves y vehículos aéreos, no tardaron más de dos días en llegar los otros grupos, dispersos en el planeta Tierra. Primero, llegó el grupo siete, aquel que se albergaba en el alto y vertical edificio de las Naciones Unidas. Luego llegó el grupo ocho, procedente de los arrabales de París y por último, el grupo diecisiete que había habitado la casa de aquel prohombre soviético llamado Kruschev.

El doctor Frankel había preparado, con muchísimo cuidado, una entrada filtrable en lo alto de la campánula que nos servía ahora de receptáculo-prisión.

Por allí penetraron nuestros vehículos y durante un par de días, la alegría de volver a encontrarnos juntos, de poder abrazar a seres a los que no pensábamos volver a ver nunca más, nos hizo olvidar las preocupaciones presentes, poniéndonos en contacto con un gozo del que ninguno de nosotros pudo escapar.

Otra vez nos comunicamos con el doctor Frankel. Según supimos, éste había comunicado a su mundo que poseía un método infalible de combatir la leucemia. De acuerdo con nosotros, propuso la formación de un millar de grupos que, abandonando la campánula, penetrarían en el cuerpo de los enfermitos procediendo a una destrucción completa y absoluta de las células tumorales que encerraban aquellos pequeños organismos. Puede decirse que durante semanas y semanas, nunca sabremos cuántas estuvimos trabajando, yendo de un lado para otro, empuñando nuestras armas de destrucción atómica y aniquilando, sin piedad alguna, aquellas gigantescas células que yacían en el fondo de la médula ósea de los desdichados niños de la Tierra.

Tal y como había prometido, el doctor Frankel no sólo hizo penetrar oxígeno en gran cantidad en la campánula de cristal sino que siguiendo las instrucciones de nuestros especialistas en dietética vertió en el receptáculo las sustancias nutricias necesarias para que nuestras fábricas elaborasen los alimentos que necesitábamos para vivir.

El trabajo intenso, pero divertido, distraía bastante. Cansado de moverme solo en aquellas rapidísimas astronaves con las que penetrábamos en el interior del organismo de los niños terrícolas,

pedí permiso al profesor Ehnar, quien me lo concedió, permitiéndome así que mi esposa Rhama me acompañase en aquellas expediciones. Muchas otras mujeres de la Colonia, siguieron el ejemplo de la mía y pudo verse, a partir de aquel instante, equipos mixtos de hombres y de mujeres que sin descanso salían y entraban de la campánula de cristal, dirigiéndose hacia los organismos que el doctor Frankel nos había señalado de antemano.

Fue una lucha magnífica.

Cientos y cientos de niños acudían a la clínica de Harry Frankel. Nosotros ignorábamos, en aquel momento, la enorme riqueza que estábamos proporcionando al terrícola y, sobre todo, las gigantescas sumas de dinero que estaba ganando a nuestra costa.

Pero nosotros ignorábamos incluso la existencia del dinero.

Nuestros sabios, nuestros técnicos, emborrachados por aquella misión que les sacaba de una existencia monótona, habían inventado nuevas técnicas para la destrucción de las células cancerosas y procedían ahora con mayor velocidad, conduciendo las astronaves y los equipos con una precisión mucho mayor que al principio. Así, bastaba un solo equipo para destruir el mal en el interior del organismo de los niños de la Tierra.

De esta manera, pudimos asistir a más de mil niños diarios, lo que obligó al doctor Frankel a utilizar los edificios vecinos, mientras que grandes fuerzas de la policía estaban empleadas en organizar la terrible corriente de padres que llevaban a sus pobres criaturas a aquel centro médico, cercano a Nueva York, que ahora se había hecho famoso en las cinco partes del mundo terrestre.

Había muchos, muchísimos niños que operar, pero nuestras técnicas eran cada vez más perfectas y también las instalaciones que montaba sin descanso el doctor Frankel.

Su nombre corría por todas las bocas y su fotografía había sido publicada en todos los periódicos del mundo. Era cierto que al principio, tachado de charlatán por muchos diarios, estuvo a punto de fracasar. Pero cuando otros médicos comprobaron que la curación de la leucemia era definitiva, no tuvieron más remedio que rendirse a la evidencia y así, poco a poco, Harry Frankel se convirtió en una especie de semidiós, en un hombre que estaba en la boca de millones y millones de seres humanos que no cesaban de bendecirle, aquéllos cuyos hijos estaban ya curados o rezar por él

aquellos que acudían, de todas las partes del mundo, a su clínica situada en un pequeño arrabal de la ciudad de Nueva York.

Nosotros ignorábamos, por aquel entonces, las características de la mente humana. Y no es que nosotros no fuésemos humanos pero tenemos que utilizar este nombre de manera restringida, destinándolo a los habitantes de la Tierra. Cualquiera de nosotros, en el lugar del doctor Frankel, hubiera aprovechado al máximo las condiciones favorables que se le presentaban y que tenía a su alcance.

Ampliando las curas, hubiera podido empezar a luchar contra el cáncer en todas sus formas, contra distintas formas de infecciones, ya que nosotros estábamos bien dotados, debido a la pequeñez de nuestro tamaño y de las armas necesarias para combatir a todas aquellas criaturas llamadas microbios patógenos y que se encontraban a nuestro alcance.

Pero el doctor Frankel tuvo miedo.

Se había convertido en un ser tan poderoso, tan inmensamente rico, que empezó a sospechar de sus ayudantes. Había cerrado a llave el laboratorio y abierto una pequeña abertura de una de las puertas para permitir que nuestras astronaves salieran para distribuirse, cada día, en las salas de la Clínica y de los otros edificios que habían sido convertidos en Clínicas, debido a la afluencia de enfermitos que llegaban allí. Pero como decía, la torcida imaginación del doctor Frankel empezaba a cargarse de sospechas y no tardó mucho en sentirse espiado, observado, analizado hasta el fondo del alma.

Él inventó, en consecuencia, un procedimiento fantástico que fue el que dio a la publicidad, asegurando que había sido él, y sólo él, quien lo había descubierto. Se trataba de un aparato productor de una serie de rayos fantásticos y que, en realidad, no era más que una caja metálica que proyectaba infrarrojos. Era natural que sus ayudantes, debido a la cantidad de enfermos, tuvieran que manipular aquel aparato que, a los ojos del mundo, era que curaba la leucemia.

También era lógico que el doctor sospechase que algunos de sus ayudantes, que no tenían nada de lerdos, no tardasen en descubrir la supercherría de Frankel.

Aquello fue lo que le volvió loco.

Temeroso de ser descubierto, de que alguien visitara el laboratorio y se pusiera en comunicación con nosotros, no tardó en pensar que había conseguido la cantidad suficiente de fama y de dinero para poder comunicar al mundo que sus aparatos no funcionaban ya, debido a un agotamiento de los fantásticos rayos de los que había hablado.

Lo que no deseaba, en modo alguno, es que sus ayudantes o los médicos que le visitaban, cada vez en mayor cantidad, llegasen a descubrir su trampa, su superchería, apoderándose de aquella campánula de cristal que encerraba un verdadero tesoro.

Lo demás le importaba un bledo.

Ni siquiera las promesas que nos había hecho. Para él, como supimos más tarde, no éramos más que unas criaturas que había utilizado para su propio provecho, de lo que en el fondo no era más que un grupo de miserables seres microscópicos que, debido a su tamaño, estaban siempre al alcance de su gigantesca mano vengadora.

Y una noche, no pudiendo más, llegó a la conclusión de que no le quedaba más que una solución para evitar que alguien descubriera su procedimiento y que su fama, a la que tanto se había aficionado, se viniera al suelo.

¡Tenía que destruirnos!

Y eso fue lo que hizo para su desgracia y la nuestra.

CAPÍTULO IX



QUELLA tarde, Rhama y yo regresamos con nuestra astronave a una de las bases establecidas en lo que ahora era una inmensa Colonia.

Habíamos salido cuatro veces, puesto que los procedimientos de destrucción celular, como conté antes habían evolucionado de tal modo que ahora con un solo vehículo, con dos tripulantes, éramos capaces de solucionar el problema de un caso de leucemia en menos de hora y media.

La cifra de niños curados, por día, había alcanzado los ciento cincuenta y ocho mil.

¡Un verdadero éxito!

Pero empezábamos a estar cansados. A pesar del entusiasmo al principio, nuestros cuerpos sentían ahora la fatiga de aquel trabajo interminable. De todos modos, obedientes, nos mostrábamos dispuestos a seguir hasta que el consejo que había sido nombrado en la Colonia, dispusiera una conversación terminante con el doctor Frankel, pidiéndole unos días de reposo para la pobre Colonia que

empezaba a sentirse exhausta.

Nuestra nave abandonó el organismo del pequeño al que acabábamos de curar, tomando el rumbo hacia el edificio de la Clínica del doctor Frankel. Minutos después, penetrábamos en el laboratorio y yo en el puesto de pilotaje disponía las maniobras necesarias para penetrar por el pequeño orificio que el doctor Frankel había dejado en la parte superior de la campánula de cristal.

Hice que mi pequeño vehículo entrase en picado.

Había estado hablando con mi esposa, diciéndole que estaba dispuesto a hablar con el profesor Ehnar para que nos concediera un corto permiso. Había observado que Rhama estaba pálida, demacrada, a pesar de que se nutría bastante bien. Pero no quería exponerla a una continuación del trabajo que la hubiera hecho abocar a una fatiga bastante peligrosa.

Estaba tan distraído, absorto en aquellas ideas que, de no haber sido por el mecanismo de autopilotaje ayudado por el radar de a bordo se hubiera estrellado sobre el tapón que el doctor Frankel había colocado, de nuevo, en lo que hasta entonces había sido nuestra entrada y salida de la campánula.

Tuve el tiempo justo de desviarme y pasé rozando la superficie de cristal, elevándome de nuevo en el ambiente de la habitación mientras fruncía el ceño y volviéndome hacia Rhama le decía:

—¿Has visto lo que yo?

—Sí. No comprendo.

—Yo tampoco. Vamos a hacer otra pasada.

Acerqué de nuevo mi vehículo aéreo, comprobando con mayor claridad, ahora con medios ópticos comunes, la existencia de aquel tapón que me impedía del todo el regreso a la base.

Volví a tomar altura.

—No lo entiendo —comenté.

Rhama estaba preocupada.

—¿Qué crees que haya ocurrido? —me preguntó después de una pausa.

—Lo ignoro.

Pero mentía. Una idea acababa de surgir en mi mente y me estremecí de pies a cabeza, palideciendo de tal manera que Rhama, mirándome con sorpresa, se asustó también.

—¿Te ocurre algo? —me preguntó.

Tuve que hacer un verdadero esfuerzo para sonreír, aunque creo que no conseguí más que una mueca.

—Ahora hablaremos, querida —respondí—. Vamos a alejarnos de aquí.

Estaba deseando hacerlo.

Abandonando el laboratorio, salí al pasillo y luego atravesé varias habitaciones hasta conseguir encontrar la puerta por la que habíamos entrado momentos antes. Una vez en el exterior, guiándome por el colimador electrónico de memoria que poseía mi aparato, me dirigí hacia un sitio que ninguno de nosotros había olvidado y de donde me posaba algunos minutos más tarde casi en el mismo lugar al que llegamos al arribar a este planeta.

Era el jardín de la casa del señor Smith.

Cuando mi nave se posó sobre la superficie pulimentada de uno de los ladrillos que formaban el muro que rodeaba el jardín, me volví hacia Rhama, mirándola con fijeza.

—Voy a decirte algo, querida.

Ella seguía asustada.

—¿De qué se trata? —me preguntó.

—De la verdad. Ese maldito doctor Frankel ha destruido la colonia.

—¿Eh?

Se había quedado como muda. Con los ojos desorbitados en los que se pintaba el terror, me miró larga y hondamente. Luego, sin transición, bajó la cabeza y se puso a llorar.

Hice lo posible por calmarla.

—Ya no hay nada que hacer, Rhama —le dije acariciando su larga cabellera sedosa. Hemos caído en una horrible trampa. En realidad, el doctor Frankel nos ha empleado para convertirse en un hombre célebre, para distinguirse en su mundo. Luego, debido seguramente al miedo de ser descubierto, de que su procedimiento fuera sabido y su fama se viniera al suelo, no ha dudado un instante en aniquilar la vida de nuestra Colonia. Ahora comprendo el porqué de que los otros grupos que cayeron en la Tierra se reunieran bajo aquella infernal campánula.

Ella seguía llorando.

Pero yo, mientras le hablaba estaba pensando en encontrar una

salida a nuestra terrible situación. Estábamos solos, aislados en un colosal planeta de gigantes; nosotros dos, dos minúsculas criaturas microscópicas, expuestas a mil peligros sin esperanza ya de comunicarnos con los humanos, puesto que mi astronave, aunque perfecta, carecía de los medios suficientes que contenían los importantes laboratorios que habíamos traído de nuestro lejano Sistema Solar.

Solos en un mundo de horror.

Ningún lugar me parecía, por el momento, tan seguro como la casa del señor Smith. Pero tampoco me atrevía a entrar en ella. Juzgué que lo más oportuno sería quedarse allí, no sobre el muro sino en un rincón del jardín, donde nuestra nave podría servirnos de habitáculo, al menos por el momento.

—Pero ¿y después? —me pregunté sin darme cuenta en voz alta.

Rhama levantó la cabeza enjugándose las lágrimas que habían puesto líneas brillantes sobre sus aterciopeladas mejillas.

—¿Decías algo? —me preguntó.

—Sí —repuse—. Estaba pensando en nuestro porvenir, querida.

—Rhama se estremeció.

—Estamos solos.

—Sí, pero por fortuna, lo estamos tú y yo. Cada vez que me imagino que pude pilotar esta nave sin ti, yo solo, me estremezco de horror. Entonces sí que no hubiera podido resistirlo.

Ella alargó los brazos hacia mí y me rodeó el cuello.

—Yo también me alegro de estar a tu lado —suspiró.

Pero aquél no era el problema.

Era nuestro porvenir, la manera de proporcionarnos alimentos, de evitar los tremendos peligros que nos rodeaban por todas partes. Y así permanecí, pensando, hasta que comprobé que Rhama, debido a la emoción pasada, se había dormido.

Pensé que lo mejor era imitarla y me tendí a su lado tomándola en mis brazos.

Así me hundí poco después en un profundo y reparador sueño.

* * *

Al despertar, la luz del día llegaba hasta nosotros. No teníamos nada que llevarnos a la boca y cuando mi esposa se despertó le dije:

—Vamos a salir del navío. Buscaremos algún lugar donde

encontrar alimentos.

Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

Yo había dejado todos los mecanismos en marcha, sobre todo uno que estaba en comunicación con una minúscula radio que yo llevaba, de forma que si llegábamos a extraviarnos pudiéramos encontrar con facilidad el camino de regreso a nuestro cosmonavío.

Salimos de él.

Caminando entre aquellas enormes rocas que eran los granos de arena, nos encontramos en pleno centro de un panorama espeluznante, desértico, un vacío que estaba de acuerdo, por desgracia, con el que invadía nuestras almas.

Pero, cogidos de la mano, seguimos andando.

Yo no sabía entonces que al dejar en marcha los mecanismos de la astronave, había quedado una especie de círculo electrónico que iba a impedir que ocurriese con el cosmonavío lo que iba a acontecernos a nosotros dos dentro de poco. Pero, en aquellos momentos, ¿cómo podía yo adivinar lo que me iba a deparar el destino?

No sé siquiera cómo sucedió.

Una especie de extraño sopor nos penetró de repente.

Asustados, creyéndonos enfermos o atacados por un mal invisible, nos acercamos el uno al otro apretando nuestros cuerpos, como si intentásemos en aquella unión parar el misterioso peligro que debía de gravitar, en aquellos instantes, sobre nosotros. Pero, casi en seguida, sentimos que el mundo en el que nos encontrábamos vacilaba a nuestro alrededor y, poco después, caíamos, hundiéndonos progresivamente en una especie de sueño letárgico que terminó por obligarnos a romper todo contacto con el mundo exterior.

* * *

Desperté.

Estaba tendido y Rhama a mi lado. Era de noche. Una oscuridad intensa nos rodeaba pero, sin embargo, en lo alto del cielo, las estrellas brillaban de tal manera que me permitieron gracias a su luminosidad difusa contemplar cuanto me rodeaba. Fue entonces cuando sentí una emoción extraña que se apoderaba de mí y sin dar crédito a lo que veía me froté los ojos como si quisiera convencerme

de que lo que llegaba a mis retinas no era el producto de ninguna alucinación.

Tardé mucho en convencerme de que era cierto.

Por primera vez en mi existencia, estaba viendo la casa del señor Smith con su tamaño natural sin necesidad de aquel sistema de lentes telescópicas que habíamos utilizado hasta entonces para ver una pequeña porción de ella. También veía el jardín, las telas que cubrían las rosas, las hortalizas que el invierno había segado como una larga y afilada guadaña.

Y la senda de piedra que iba desde la casa hasta la puerta del jardín y el rincón y el muro…

Me volví hacia Rhama, y la cogí por el hombro.

—¡Despierta, querida! —le grité.

Ella abrió los ojos.

La misma estupefacción se pintó en su rostro. Pera el miedo se apoderó de ella y se acercó, sin comprender lo que ocurría.

—¿Dónde estamos? —me preguntó con una voz cargada de angustia.

Le sonreí.

—El milagro ha ocurrido, Rhama…

—¿Qué quieres decir?

—Que hemos vuelto a nuestro tamaño natural. Mira esa casa. Es el domicilio del señor Smith. Mira esa valla y esas flores y esa senda…

Ella tardó en convencerse; pero, cuando lo hizo, sonrió mostrándome una hermosa y doble hilera de dientes blancos.

—¡Es maravilloso! —exclamó.

Yo también lo comprendí así. Pero, casi en seguida, mi instinto de defensa me hizo ponerme en pie con cierta violencia, haciéndome que mirase a mi alrededor, contemplando a Rhama con su extraño vestido que tan diferente debía de ser de las mujeres terrícolas.

Comprendiendo que el peligro era muchísimo mayor que el que nos amenazaba cuando seguíamos siendo criaturas microscópicas, mi razonamiento me llevó a obrar y cogiendo de la mano a mi esposa, abandonamos cautelosamente el jardín, echando a andar a lo largo de una calle que, en plena noche, era quizá cerca de la madrugada, estaba desierta del todo.

No tardamos mucho en llegar a una aglomeración urbana que despertó mi interés. Pero dispuesto a no caer de nuevo en ninguna trampa, como aquélla, que por desgracia había acabado con la Colonia de los seres de mi sistema solar, dispuesto como estaba a todo, no tardé mucho en encontrar una pequeña tienda, en cuyo escaparate se ofrecían vestidos confeccionados de mujer y de hombre. Entonces ignoraba que lo que estaba haciendo era un delito. Pero penetré en el interior y quince minutos más tarde Rhama y yo salimos de allí, convertidos, por lo menos en apariencia en dos criaturas que no se diferenciaban en absoluto de los seres que habitaban aquel singular y extraño planeta.

Éramos, a los ojos de los demás, un hombre y una mujer.

CAPÍTULO X



AMINAMOS durante todo el resto de la noche.

Al amanecer, después de una interminable caminata, entrábamos en Nueva York. No se parecía en absoluto a nuestras limpias e inmensas ciudades. Noté en seguida que los terrícolas daban más importancia al aspecto exterior de las cosas que a su utilidad.

Calles angostas, barrios miserables y como única atracción, aquellos feos edificios, cuyas paredes leprosas estaban cubiertas de ropa que la mujeres habían tendido a secar.

—Están mucho más atrasados que lo que yo imaginaba.

—Pero… ¿es que no se han dado cuenta del valor de la higiene?

—No lo sé.

—Sin embargo, por lo que pudimos deducir hasta ahora, trabajan como locos para combatir unas enfermedades que luego —y señaló las casas— provocan de forma estúpida.

Sonreí.

—Son muy complejos, querida…

Penetramos poco después en un barrio que nos recordó nuestras amplias calles y limpios edificios. Extensos jardines precedían las casas, construidas con muy buen gusto.

—¡Fíjate! —exclamó mi esposa—. ¡Esto sí que es lindo!

—Deben ser más inteligentes que los otros.

—Pero ¿por qué no hacen que los demás se beneficien de su inteligencia? ¿Por qué dejan que los otros vivan en sitios tan infectos?

—Nunca llegaremos a comprender este extraño planeta. Oye, querida… ¿No sientes hambre?

—Sí.

—Hace tiempo que estoy oliendo algo agradable. Ven por aquí.

Mi olfato me guió hacia un lugar que acababan de abrir y del que se desprendía un apetitoso aroma. Rhama y yo penetramos en el local, observando que varias personas ocupaban ya las mesas y que otras, encaramadas altos taburetes, junto a un enorme mostrador, consumían sabrosos alimentos que unas muchachas uniformadas les estaban sirviendo.

Mi esposa y yo nos sentamos en uno de los rincones del mostrador.

—Deja que sea yo el que hable —le dije—. Recuerdo aún su lenguaje.

—Yo también —me sonrió.

—Pero deja que hable yo.

—Como quieras.

Una muchacha se acercó a nosotros.

—¿Qué desean? —nos preguntó, tendiéndonos una cartulina donde estaban escritos los manjares que la casa ofrecía.

Me fue sencillo leer algunos de ellos, aunque su sentido me escapaba; pero, instantes más tarde, cuando colocaron las bandejas ante nosotros, ni Rhama ni yo hicimos comentario alguno, devorando con fruición cuanto nos habían servido.

No eran, ni mucho menos, los alimentos a los que estábamos acostumbrados, pero su sabor era agradable y mi esposa y yo saciamos nuestro apetito.

Una vez terminamos, nos levantamos, abandonando nuestros asientos para dirigirnos a la salida.

—¡Un momento! —gritó una voz detrás de nosotros.

Me volví.

La encantadora joven que nos había servido estaba frente a mí con un papelito en la mano. Convencido de que nos ofrecía nuevos platos, denegué con la cabeza, al tiempo que sonreía.

—Ya tenemos bastante. Gracias…

—Es la nota —insistió—. Son dos dólares sesenta…

—¿Dos qué…?

Fui a decir algo, pero un hombre alto apareció entonces detrás de la muchacha y se apoderó de la nota que ésta seguía teniendo entre los dedos.

—¿Qué pasa, Sally? —preguntó.

—No han pagado, señor Murphy.

El hombre me miró con expresión nada amistosa.

—Escuche, amigo —dijo adelantándose hacia mí—. No quiero empezar el día con jaleos. ¿Paga o llamo a un agente?

—¿Pagar? —lo pregunté como si me hablase en griego cosa que en el fondo era verdad.

—Llama a Parkirson, Sally —gruñó el hombre.

La encantadora joven pasó junto a nosotros mirándonos con lo que me pareció una expresión de lástima.

No tardó en regresar.

Volvió con un hombre alto vestido con un uniforme azul y llevando un bastón blanco en la mano.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó con voz tonante.

—Estos dos frescos —respondió el otro hombre—. Han desayunado y no quieren pagar.

El agente se volvió hacia mí.

—¿Es cierto eso? —me preguntó.

—No entiendo una palabra —le dije.

—Está bien —suspiró—. Ya entenderás en la Comisaría… ¡Adelante!

Mi esposa y yo le seguimos.

Nos hizo caminar unos metros invitándonos luego a subir en un hermoso vehículo que hizo sonar una sirena para marchar más aprisa entre la circulación de las amplias calles.

Cuando nos detuvimos, delante de un feo edificio de color grisáceo, el hombre de uniforme nos llevó hasta un despacho donde

otro hombre de más edad ojos bondadosos y cabellos casi enteramente blancos nos recibió.

El agente le explicó algunas cosas que yo no entendí, retirándose luego. Cuando nos quedamos solos, el hambre de los cabellos blancos me dijo:

—¿Llevan documentación?

—¿Documentación? ¿Qué es eso?

—No me gustan las bromas —dijo—. Si no llevan papeles, ya saben a lo que se exponen. No tendré más remedio que considerarles como una pareja de vagabundos. ¿Son marido y mujer?

—Sí.

—¿Y la licencia?

—No entiendo, señor.

Su expresión se ensombreció.

—Tú le lo has buscado —gruñó—. Voy a separarte de tu amiga; ella irá a un asilo y a ti voy a enviarte a un sitio donde te quitarán las ganas de bromear.

—¡No me separen de ella, señor! ¡Es mi esposa!

—Demuéstralo…

Me di cuenta de la difícil situación en la que me encontraba. Sólo pensar en que iban a separarme de Rhama me hizo estremecer de pavor.

Miré al hombre de cabellos blancos.

—Voy a decirle algo, señor. Había jurado no hacerlo, pero ahora no tengo más remedio.

—Habla.

—Ni mi esposa ni yo pertenecemos a este mundo.

—¿Eh?

—Hemos llegado de otro planeta…

—¡Basta! ¡Esta vez sí que me las vas a pagar!

—¡Un momento! Puedo demostrárselo…

—Sí… ¿eh?…

—Si llama al doctor Frankel, le demostraré que hemos sido nosotros los que hemos curado a los niños afectados de leucemia.

—¡Basta de cuentos!

—Es cierto, señor. Nosotros penetramos en la médula ósea y los centros hematopoyéticos de esos niños…

Mis palabras, que evidentemente no entendió, le hicieron reflexionar. Quizá los términos médicos que yo acababa de emplear le obligaron a mirarme con una atención renovada.

Era evidente que pensaba que un vagabundo no solía expresarse de aquella manera.

—De acuerdo —dijo—. Voy a encerraros y convocaré al doctor Frankel.

* * *

Cuando vinieron a sacarnos de nuestra celda estaba anocheciendo. El carcelero nos condujo al despacho del hombre canoso donde ahora se encontraba también el doctor Frankel.

Harry nos miró con curiosidad.

—No debía usted haberme molestado para esto —dijo mirando al hombre de cabellos blancos—. No son más que dos vagabundos, comisario Walker.

—Hablan de una manera rara —comentó el policía—. ¿Por qué no les hace algunas preguntas?

Pero yo me adelanté.

—Usted no me conoce, doctor Frankel —le dije—, pero yo sí a usted.

—¿Y eso qué demuestra?

—Escuche con atención. Usted fue a visitar al señor Smith, al que tomó por loco, ya que dijo haber oído unas voces en su aparato de televisión que estaba, no obstante, desconectado…

Noté que la expresión del rostro del médico cambiaba.

Pero no dijo nada.

—Luego —seguí diciendo—, nos comunicamos con usted en su despacho utilizando su máquina de escribir eléctrica. Lo primero que hicimos fue curar a su hijo Peter…

Me miró, con horror.

—¡Pero eso es imposible!

—Ya sé por qué lo dice, doctor. Usted destruyó el contenido de la campánula de cristal, pero Rhama y yo estábamos fuera y nos salvamos…

—¿Y cómo han recuperado este tamaño?

—Lo ignoramos. Ocurrió de repente…

Sonrió.

Y aquella sonrisa no me gustó nada.

—Por favor, doctor —le dije—. Sólo usted puede salvarnos. Olvidemos el pasado… y recuerde todo el bien que le hemos hecho.

El comisario nos miraba con atención, pero sin despegar los labios.

Harry se volvió hacia él.

—Lo que temía —indicó.

—¿De qué se trata, doctor? —preguntó el policía.

—De dos enfermos mentales peligrosos…

No le dejé terminar.

Me abalancé sobre él y mis manos se ciñeron a su garganta como un dogal de acero.

Apreté.

Alguien empezó a golpearme con fuerza, uniéndose más gente ya que los golpes me llovían ahora por todas partes.

Pero seguí apretando.

A pesar del dolor creciente que experimentaba, mis manos se habían convertido en un cepo alrededor del cuello de aquel malvado: un instrumento de justicia que estaba vengando la muerte de millones de mis compatriotas.

Cuando perdí el sentido, desplomándome en brazos de los policías que me rodeaban, estaba medio muerto a palos, pero seguro, al mismo tiempo, de haber matado a Harry Frankel.

CAPÍTULO XI



STOY en la celda de los condenados a muerte.

Creo que a este lugar le llaman
Sing-Sing
y que hay otros muchos semejantes extendidos por la superficie del planeta Tierra.

Pero ¿cómo es posible que los terrícolas estén tan espantosamente atrasados? Nada me extraña que se desgarren entre ellos, que se odien, que se maten…

He aprendido muchas cosas durante estos largos meses de encierro. Es curioso que haya sido en una prisión donde he empezado a comprender a los habitantes de este mundo singular. Y estoy decepcionado.

Si el profesor estuviera a mi lado, se estremecería de horror al saber que los humanos de la Tierra no han sabido descubrir aún que el origen de la maldad, de lo que empuja a los seres a hacer daño a sus semejantes, no es, ni más ni menos que una anormalidad en el

funcionamiento de esas sustancias que ellos llaman hormonas. Las conocen casi todas, pero no aún lo que nosotros llamamos «complejo químico de la agresividad».

¡Qué ignorantes son!

No se han dado cuenta de que es necesario extirpar esas peligrosas sustancias del cuerpo humano y que dichas sustancias son los resto de lo que el hombre necesitaba, en tiempos primitivos, para defenderse contra un medio ambiente que, en aquellas épocas, era superior a su elemental inteligencia.

Nuestros niños, los habitantes de nuestro sistema, venían al mundo sin ninguna de esas hormonas de la agresividad. Hacía cientos de años que las habíamos eliminado, suprimiendo así a los criminales y sus fechorías.

Y aquí siguen existiendo cárceles y, lo que es peor, máquinas para matar en nombre de la sociedad… ¡para matar a pobres enfermos!

Que… ¿por qué he matado yo al doctor Harry Frankel?

¿Creen ustedes que me hubiera sido posible hacerlo, bajo los golpes de la policía, si no hubiera puesto en marcha, voluntariamente, la secreción de mis hormonas agresivas?

Por excepción, hice eso… y estoy arrepentido. Porque es muy posible que sea yo el primer asesino de mi raza desde hace cien mil años.

Nada importa ya.

He perdido el rastro de mi esposa e ignoro por completo dónde se encuentra. Es eso, precisamente eso, le que más daño me causa; en cuanto a mi vida, que terminará dentro de poco en la silla eléctrica, carece de toda importancia, porque no me hubiera sido posible seguir existiendo en un mundo tan paradógico y confuso como éste.

Un hombre, al que aquí llaman abogado, ha venido a verme varias veces. La infantilidad de sus palabras me ha hecho sonreír. Quería que le dijese los motivos que me empujaron a matar al médico.

Para entretenerme, sólo por eso, le conté mi historia.

Ahora dice que va a pedir una revisión de causa, presentándome como demente.

¡Pobre hombre!

Estoy escribiendo mis memorias. No sé con exactitud dónde irán a parar, pero mi abogado me ha prometido hacerse cargo de ellas y publicarlas más tarde o más temprano.

Después de mi muerte.

* * *

Harold, mi hombre de Ley, la única persona que me visita, fuera del carcelero que me trae la comida, acaba de entrar en mi celda.

Es un joven simpático, de rostro abierto, cabellos rubios y ojos azules. Intenta invitarme a fumar, pero una vez más le digo que nunca lo he hecho.

Luego se sienta frente a mí.

—Tengo noticias para usted —me anuncia.

—¿Buenas?

—Buenas y malas.

—Empecemos por éstas —sonrió.

—Como quiera. Se han negado a autorizarnos la revisión del caso.

—¿Y eso quiere decir…?

—… que la sentencia se cumplirá mañana.

—Bueno.

—¿No se inmuta?

—Sería inútil. Veamos las otras noticias.

—Son de su esposa.

Me pongo en pie abandonando el camastro en el que estaba echado. Mis ojos brillan y pregunto con dificultad.

—¿Se sabe algo de Rhama? —le interrumpo, con un gesto de ansiedad.

—Sí.

—¡Hable, por favor!

—En seguida, pero cálmese.

Me siento en el borde de mi lecho.

—¿Y bien? —insisto.

—Su esposa se ha fugado del centro asistencial al que la habían llevado.

—¿Un asilo? —preciso.

—Sí.

—¿Y cómo ha conseguido escapar?

—Ése es el misterio. Nadie sabe cómo lo consiguió.

Sonrío.

Pero, en el fondo, la amargura me penetra. No es que no me alegre de que Rhama haya escapado, pero me pregunto lleno de angustia lo que hará sola en este mundo de locos.

—¿Estaba informada de mi suerte? —pregunto.

—Sí.

—¿Cómo lo supo?

—Yo mismo le escribí. Era mi deber, ¿no?

—Desde luego.

Sí, debo estar contento, porque prefiero saberla libre. Es inteligente y terminará por adaptarse a este mundo, formando parte de él, pero sin conseguir olvidar nunca aquel otro del que nos vimos obligados a huir.

—Si necesita algo… —me dice mi abogado.

—Nada.

—Piénselo bien. No podré volver a verle.

—Lo comprendo. Pero no necesito nada. Gracias, de todos modos…

Se pone en pie y entonces grité:

—¡Espere!

—¿Qué hay?

Levanto el colchón de mi catre y saco un buen montón de cuartillas.

—Es mi relato —le digo—. Usted me prometió guardarlo.

—Es cierto.

Lo coge y mira la portada.

Sonríe.

—Un título curioso —susurra—. Me gusta. Llamará la atención del público: «Memorias de un microbio».

—¿Es que no es cierto?

—Si lo fuera lo que me contó…

—No me importa lo que crea. ¿Las publicará algún día?

—Se lo prometo.

Guarda las cuartillas en su cartera; luego, acercándose a mí, me abraza:

—Lamento no haberle servido de mucho —me dice.

—No se preocupe.

Me abraza de nuevo y llama al carcelero. La puerta se abre, se cierra…

Estoy solo.

* * *

La puerta se abre.

El alcaide entra serio, con una expresión de circunstancias; detrás de él, el médico de la prisión y algunos empleados.

Me pongo en pie.

—Es la hora —me dice el hombre vestido de negro.

—Bien.

—¿No desea nada?

—No.

—Vamos…

Hay un largo pasillo y una escalerilla al final. Luego una puerta que se abre y entramos, en fila india, yo detrás del alcaide, en la sala donde se encuentra este artefacto al que los terrícolas llaman «silla eléctrica».

Lo miro con curiosidad, sin miedo.

Hay un hombre alto, muy serio, con patillas canosas que me empuja suavemente hacia el fatídico sillón.

Me colocan unas correas, luego pegan con esparadrapo los electrodos a mis piernas, a mi brazo izquierdo, al pecho…

Se retiran.

Detrás de mí, el hombre de las patillas canosas espera el gesto del alcaide; éste me mira y exclama:

—¡Que Dios se apiade de su alma…!

Levanta el brazo y después lo baja de golpe…

Detrás de mí se oye un chasquido.

* * *

Pero ¿qué ha ocurrido?

Todos, delante de mí, se han desplomado como marionetas cuyos hilos hubieran sido cortados.

Todos.

Incluso los periodistas autorizados que me miraban desde detrás del muro de cristal que rodea la silla eléctrica.

¿Qué ha pasado?

De repente, alguien surge ante mí. Parpadeo como si no pudiera dar crédito a mis ojos.

Porque el hombre que me mira sonriente, lleva la ropa de los habitantes de mi lejano planeta.

—Hola —me dice—. Voy a desatarte.

Las correas se desprenden de mi cuerpo, así como los electrodos. Todavía no comprendo lo que me ocurre.

—Vamos.

Veo que lleva un «mono-dispersador» en la mano; es un instrumento capaz de abrir orificios en cualquier parte, reintegrando la forma primitiva de la materia segundos después de su uso como paso.

Así salimos de la prisión.

Caminamos un poco hasta la orilla de un río donde veo, con emoción, la forma característica de una de nuestras astronaves de tipo medio.

—Sube.

¡Oh, sorpresa!

Nada más entrar, Rhama, mi querida esposa, se echa en mis brazos. La beso durante largo rato, con las lágrimas en los ojos. Cuando me separo de ella, la velocísima astronave ha abandonado la Tierra hace rato.

—Pero…

—Calla, amor mío. Gran parte de nuestro pueblo llegó a un planeta vecino a éste: Marte le llaman. Estaba deshabitado…

—Pero…

—Deja que siga. Los maestros que llegaron a Marte tuvieron la suerte de recuperar su tamaño natural al poco tiempo. Se organizaron. Crearon ciudades, laboratorios, reproduciendo nuestra vida de el lejano sistema que abandonamos.

»Luego empezaron a buscarnos.

»Gracias a las emanaciones de nuestros cuerpos, me encontraron cuando sobrevolaban la Tierra. Fueron en mi busca y me sacaron de aquel infernal asilo donde me encerraron los terrícolas.

»Luego te buscamos.

No pudo decir más porque cubrí su boca con mis labios.

EPÍLOGO



E nuevo estamos preocupados.

Nuestros aparatos de radar interespacial han captado imágenes de aparatos que, procedentes de la Tierra, vuelan por el espacio.

Son elementales, satélites y pequeñas naves cargadas de aparatos para medir las condiciones del espacio exterior.

Pero no importa.

Ahora, que ya conocemos a los habitantes de ese mundo tan cercano, el primero que desde Marte se encuentra camino del sol, no podemos fiarnos ni de sus más pequeños experimentos.

Hemos decretado el estado de alarma.

Somos demasiado felices para dejar que esas perversas criaturas lleguen hasta aquí. Y estamos dispuestos a defendernos, aunque nunca atacaremos la Tierra.

Que se preparen los que se atrevan a acercarse a Marte.

Ellos saben o creen saber, que este planeta está deshabitado, poblado de canales solamente, pero nosotros hemos descubierto que

los canales no son más que franjas de excelente vegetación que nos proporciona varias cosechas al año.

Que sigan creyendo lo que quieran.

Pero que no vengan.

Porque alrededor de nuestras ciudades, desde polo a polo, en las colinas, en los valles, en todas partes, nuestros cañones atómicos apuntan hacia el cielo.

Día y noche, nuestros artilleros y observadores están pendientes de los vuelos de esos pequeños objetos que, procedentes de la Tierra, giran alrededor de nuestro nuevo mundo, enfocando sus cámaras de televisión hacia el suelo de Marte.

Nada más fácil que velar sus películas, que falsear los datos que recogen sus elementales instrumentos.

Que sigan creyendo que Marte es un planeta inhóspito.

Pero no nos hacemos ilusiones.

Tarde o temprano se atreverán a venir.

¡Que vengan!

Serán recibidos como merecen: nuestros cañones destrozarán sus naves y no dejaremos que ninguna de ellas se acerque.

No tendremos piedad.

¿Acaso la tuvieron ellos?

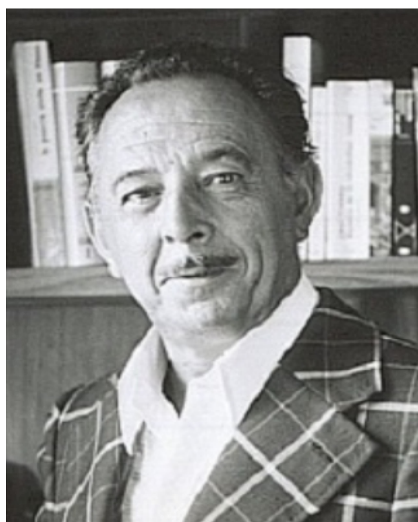
En una mesa de laboratorio, cientos de miles de los nuestros murieron después de hacer un bien inmenso a la humanidad de la Tierra.

Cientos de miles de seres como yo.

¿Puede importar mucho que mueran unos centenares de terrícolas?

Yo creo que no.

FIN



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H. S. Thels, W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.